

1937

El
Castillo de
S. Alberto

ISTORIA

A Y DIPLOMATICA

e la independenciam
s Unidos hasta nuestros dias

1776-1895)

FOR

CRÓNIMO BECKER

e acaba de ponerse á la venta,
lio y fiel extracto los principales
a con imparcialidad la historia
sus defectos y expone con minucio
referente á las relaciones exte-
, siendo, por tanto, de gran inte-
de un modo exacto el aspecto
a cuestión cubana.

o, 642 páginas, 8 pesetas.

COPIACIÓN

DE LAS

S REINOS DE LAS INDIAS

las imprimir y publicar

FOR

CATOLICA DEL REY CARLOS II

, corregida y aprobada por la
el Tribunal Supremo de Justicia,
a de la Regencia provisional del

n folio, 50 pesetas.

LOS ESPAÑOLES

pleta de todos los tomos publi-
cidad, de que se hallan la ma-
os.

s 38 tomos en 4.º—Precio, 900

ESCORIAL Á LA VISTA

GUÍA DESCRIPTIVA

DEL REAL

MONASTERIO, TEMPLO Y PALACIO

DE

SAN LORENZO DE EL ESCORIAL

ilustrada con 20 láminas autotipias y seguida de
varias noticias curiosas para el viajero, por

Juan Noguera Camoccia

Un tomo en 8.º en cartoné.—Precio, 1 peseta

NOVISIMO

DICCIONARIO DE LA RIMA

ordenado en presencia de los mejores publicad
hasta el día, y adicionado con un considerabl
número de voces que no se encuentran en nin
guno de ellos á pesar de hallarse consignadas e
el de la Academia, por

D. Juan Landa.

Un tomo en 4.º mayor.—Precio, 6 pesetas.

EL PRACTICÓN

Tratado completo de Cocina

AL ALCANCE DE TODOS

Y

APROVECHAMIENTO DE SOBRAS

con un APÉNDICE que comprende el arte par
el mejor aprovechamiento de las sobras, las re
glas para el servicio de una mesa y el modo d
trinchar y comer los manjares, por

Angel Muro.

Décimatercia edición, ilustrada con 240 gra
bados, y aumentada con 60 minutos de almuer
zos y comidas para todos gustos y condiciones
algunas fórmulas completamente nuevas.

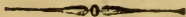
102

EL CASTILLO
DE S. ALBERTO,

DRAMA EN CINCO ACTOS.

TRADUCIDO DEL FRANCES POR

DON PEDRO BARANDA DE CARRION.



Lamel

MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,

CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1859.

PERSONAGES.



- GUILLERMO DE FLAVY, *capitan de aventureros y gobernador de Compiègne.*
- EL BASTARDO MAURICIO, *su escudero.*
- MELCO, *criado.*
- BRUNO, *trovador al servicio del bastardo.*
- MORTON, *oficial ingles.*
- UN SAYON.
- LA CONDESA, *muger de Guillermo Flavy.*
- MARIA (16 años).
- MARTA, *dueña (40 años).*
- LA ABADESA DE SANTA ROSALIA.
- UNA DONCELLA DEL CONVENTO.
- OFICIALES FRANCESES, ESCUDEROS *de la casa de Guillermo de Flavy.*



La escena es en Francia durante el reinado de Carlos VII.



Este drama es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real órden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

ACTO PRIMERO.

Pabellon con puertas laterales y puerta al foro, por donde se ven los árboles de un parque.

ESCENA PRIMERA.

~~BRUNO~~ saliendo por la derecha, y ~~MAURICIO~~ por el foro.

~~Bruno.~~ (*Volviéndose al lado por donde sale.*) Magnífico es por cierto el golpe de vista que ofrece una mesa bien servida!

~~Mauricio.~~ (*Llamando.*) Bruno?

~~Bruno.~~ Ah!... vos aquí? Iba á ensayar las últimas trovas que he compuesto para el señor.

~~Mauricio.~~ Que ensillen al instante mi caballo.

~~Bruno.~~ Y no os quedais al banquete con que agasaja hoy el señor de Flavy, nuestro dueño á los capitanes sus amigos que han venido á contarle las últimas derrotas de los ingleses.

~~Mauricio.~~ Tendré que quedarme. Estaria muy insulsa la funcion si no tuviera el señor conde á su escudero Mauricio, á quien dirigir sus bufonadas; pero necesito partir en seguida, con que anda.

~~Bruno.~~ Voy corriendo. (*Hace que se va y vuelve.*) Ireis á verla?

~~Mauricio.~~ (*Mirando en derredor.*) Sí, calla!

~~Bruno.~~ Oh, yo soy muy reservado, no lo podeis dudar. Por una casualidad supe vuestro secreto y hubiera podido vendérsele muy caro al señor de Flavy.

~~Mauricio.~~ Y te hubiera valido cien ducados por mano del señor y la muerte por mano del escudero.

~~Bruno.~~ Me hubiérais muerto?

~~Mauricio.~~ Sin duda... pero yo te conozco y sé que prefieres la gratitud de un amigo á los favores de tu dueño.

~~Bruno.~~ Tampoco podria contarle gran cosa en sustan-

cia. Lo único que he visto es que á seis leguas de aqui cerca del castillo de San Alberto vive una joven á quien visitais muy á menudo , y que os espera asomada á una ventana y os recibe con muestras de la mayor alegria ; pero ni aun he podido divisar sus facciones.

Mauricio. Sobraba eso para mover la curiosidad del conde ; ya han llamado su atencion mis paseos solitarios.

Bruno. ¿Y juzgais que por ocuparse de una niña que no conoce , iria á olvidarse de las brillantes hermosas que arrancadas á sus dueños por el derecho de la guerra y del mas fuerte, adornan con sus gracias los tétricos salones del castillo de San Alberto?

Mauricio. Todo será que se le ponga en la cabeza. Oh! le conozco muy bien; mas de diez años lé he seguido como inseparable compañero en las batallas, y como activo confidente en sus amores. Me ha pagado bien, es verdad; puedo decir que soy rico, tengo tierras y criados, tengo un castillo ; mas ni por veinte veces todo lo que poseo, dejaria que el conde sospechase la existencia de ese angel de mi vida ni le viese una sola vez.

Bruno. En efecto, es temible la seducción del señor conde.

Mauricio. Su violencia, Bruno; su seducción no. He tenido buen cuidado de instruirla de lo que puede esperar en este mundo. Si por las vicisitudes de la guerra llegara á verse privada de mi apoyo, no fuera por cierto su inocencia el medio mas seguro de preservar su honor. Mas, iluminada su razon y fortalecida su alma, es en el dia tan cándida y pura como antes, pero discreta y entendida como la primera.

Bruno. Y bonita?

Mauricio. (Enseñándole un retrato.) Mira.

Bruno. (Tomando el retrato.) Oh! dadme ese retrato; quiero componerle unas trovas.

Mauricio. No hago bien en ocultarla á los ojos del conde?

Bruno. (Besando el retrato.) Oh, qué hermosa es!

Mauricio. (Quitándole el retrato.) Vaya! déjate de lo-

curas , necio ! No reparas que puede ser mi hija , mi esposa ó mi querida ?

Bruno. Oh ! decídmelo por Dios ! es vuestra hija ? cuanto me alegraria de saberlo !

Mauricio. Chit !... La condesa !... mi caballo antes de un cuarto de hora... voy á la sala del banquete.

Bruno. Cáspita ! si el señor llegara á sospechar !... Pero no es vuestra muger , verdad ? (*Mauricio le impone silencio y vánse aquel por la derecha y Bruno por el foro.*) No , no ; la quiere mucho para que sea su muger.

ESCENA II.

MARTA. LA CONDESA saliendo por la izquierda.

Marta. (*Dando el brazo á la condesa.*) Tranquilizaos , señora ; al cabo de un mes que os ha tenido encerrada en vuestra habitacion esa cruel enfermedad que tanto os ha molestado , gozad al menos un solo dia de estos tan hermosos que nos da la primavera y no querais oscurecerlos siempre recordando desgracias que no tienen remedio.

Condesa. En verdad , Marta , no sé como tan larga costumbre de sufrir , permite á mi corazon el sentimiento del dolor ; mas seria preciso arrancar el último rastro de mi amor para olvidar los celos que me devoran y por desgracia le amo cada dia mas !

Marta. Despues de tanto como os ha hecho padecer ?

Condesa. Y tal vez por eso mismo. En los doce años que llevo unida á él , no me ha dejado pasar un solo dia sin complacerse en avivar el tormento de mis celos. Ya sabes que me está prohibido acercarme al castillo de San Alberto , donde podria al menos consolarme con los recuerdos de mi infancia , porque le ha destinado para habitacion de mis infames rivales. Pues bien , á pesar de todo , mira si soy débil , le amo todavía. Y aun cuando me atormentase mil veces mas y me escupiera al rostro y me pisara , siempre le amaria ! siempre !

Marta. Mucho os han costado los primeros celos que tuvisteis y que á la verdad fueron injustos.

Condesa. Pero qué pronto no me quedó lugar á ningun género de duda! Cuando sin saber el íntimo afecto que me profesas, te eligió para que de acuerdo con su escudero Mauricio, favorecieses sus pérfidas intrigas, sus violencias y seducciones...

Marta. (*Suspirando.*) Y fue preciso obedecer, para quedarme con vos y consolaros. Pero en la situacion en que nos vemos, ¿no seria lo mas acertado huir de una vez de tantas pesadumbres? Yo os seguiria á cualquier parte.

Condesa. Cinco años hace que adopté ese partido, cuando tú no me conocias aun. Me retiré al convento de Santa Rosalia, pero lejos de aliviarme la soledad, irritaba mis penas. Multiplicaba en mi imaginacion las ofensas de mi marido, exageraba la realidad, sufría tanto que al cabo de un mes tuve que abandonar aquel asilo.

Marta. Si yo me atreviera á aconsejaros, os diria que tal vez ensayando una conducta menos resignada, mas resuelta...

Condesa. (*Con amargura.*) Calla, nada me digas... No ha habido proyecto alguno de venganza que no haya acogido con avidez mi pecho en su honda desesperacion. Cuantas veces he tocado un veneno con mis labios! Cuántas inclinada sobre el lecho de mi esposo viéndole dormir tranquilo, ha rodado en mi cabeza la idea de un sueño mas profundo, eterno para los dos!... (*Sin reflexionar.*) Oh! si no fuera por tí! sino te hubiera sentido detener mi brazo, si no hubiera escuchado tu voz que me gritaba: sufre, sufre, no tienes derecho de vengarte!... hija mia!...

Marta. (*Sorprendida.*) Qué decis!

Condesa. (*Despues de un intervalo de silencio y de mirar en derredor.*) Imprudente!... pero no importa que tú lo sepas... Es un secreto, oye... mil veces he querido confiártele... tuve una hija antes de casarme con el conde.

Marta. Mas bajo! pudieran oirnos.

Condesa. (*Llorando.*) Es un secreto que guardaba yo sola, que me hacia mal, y que me pesa menos depositándole en tu seno... Asi podremos hablar de ella. Ves, Marta, cómo lloro? pero ya no es de angustia

de desesperacion. Al contrario, estas lágrimas son dulces y me consuelan de la amargura de las otras.

Marta. (Enternecida.) Señora!...

Condesa. (Estremeciéndose.) Pero ya hace mucho tiempo; diez y ocho años han pasado desde que Dios permitió una vileza, una infamia... Mira, Marta, me estremezco todavía al acordarme de aquella noche terrible.

Marta. (Mirando en derredor.) Oh! cuidado, señora!

Condesa. (Conduciendo á Marta al lado izquierdo del teatro.) Mi padre habia salido á la cabeza de sus gentes á buscar al enemigo. Su castillo y todos los inmediatos iban á quedar á disposicion del vencedor. No tuve aliento para aguardar la suerte del combate y me refugié con otras mugeres en la iglesia del convento de Puzarol. Allí despues de cerrada y atrancada la puerta, alligidas, consternadas por un presentimiento horrible nos pusimos á rezar. Era de noche: retumbaba sobre nosotras una espantosa tormenta.... La batalla habia durado todo el dia, sangrienta, indecisa: la noche y la tempestad separaron los combatientes. Entonces, dirigiéndose cada uno por su lado, se encontraron una partida francesa y otra inglesa igualmente cansadas y estenuadas por el hambre, cerca del monasterio que nos servia de asilo, y aquellos bárbaros hicieron treguas entre sí para repartirse con mas seguridad los despojos que tenian á la vista. Asaltaron el convento, asesinaron cruelmente á los pobres solitarios, penetraron por todas partes robando y destrozando; y nosotras infelices sin saber lo que pasaba tan cerca de nosotras, porque la voz de la tempestad ofuscaba los infernales ecos de la orgia y nuestras súplicas á Dios... De repente cesa la tormenta; percibimos al traves de las vidrieras que daban á los claustros la rojiza luz de varias antorchas, y escuchamos una horrible gritería que nos dejó heladas de terror. Un momento despues se apagaron las antorchas, cayeron las puertas hechas pedazos y oh!... Dios no quiso escuchar nuestras súplicas y lloros. *(Tiene que apoyarse.)*

Marta. Señora mia!

Condesa. (Despues de una corta agitación.) Al dia si-

guiente recobré poco á poco los sentidos que me habia hecho perder el terror. Todo estaba en silencio; aquella turba del infierno habia desaparecido durante la noche: me miré las manos y las tenia manchadas de sangre.

Marta. Ah!

Condesa. (*Profundamente conmovida.*) Apretaba con ellas la hoja de un puñal cuyos filos me habian penetrado hasta los huesos. Procuré repasar mi memoria y entonces me acordé de que al acercarse á mí uno de aquellos infames le arranqué su puñal y no pudiendo herirle quise volverle contra mi pecho cuando el dolor acabó de quitarme la fuerza y el sentido; pero le conservaba estrechado con una violencia convulsiva, porque una voz interior me gritaba: «guárdale, guárdale; con él has de vengarte, con él has de matar al monstruo que te acaba de ultrajar!»

Marta. Y con efecto?...

Condesa. (*Enseñándosele.*) Mírale; lleva escrito el nombre de su dueño: el caballero de Eurondel.

Marta. Un ingles!

Condesa. (*Con amargura.*) Y en este lado su divisa; mira: á las damas lealtad. (*Se estremece.*)

Marta. Tranquilizaos, señora.

Condesa. (*Ocultando el puñal.*) Al otro dia volvió á empeñarse la batalla; los ingleses fueron vencidos y arrojados de la provincia. Volví al castillo de mi padre que llegó poco despues. El pobre anciano venia herido, moribundo; confesarle mi afrenta hubiera sido acabarle de matar, y luego corrian voces de que el caballero de Eurondel habia muerto en la pelea, de modo que era imposible vengarme. Pero al cabo de tres años, cuando ya estaba casada con el Señor de Flavy supe que el infame no habia muerto.... Sí, Marta, aun existe y manda los ejércitos ingleses y le llaman ilustre y vencedor y la guerra y el tiempo han respetado su vida... Pero ¿quién sabe Marta, quién sabe si no ha de llegar un dia en que Dios le atraviere en mi camino, un dia en que pueda volverle su puñal?

Marta. Oh! desechad, señora, esas horribles ideas.

Condesa. Sí, sí; hablemos de mi hija. Yo tenia un hermano, un hermano generoso que ya no vive y que era mi único confidente. El solo y Dios sabian que la existencia de aquella infeliz no era un crimen de su madre. Toma, lee esta carta que me escribió quince años há y que siempre he llevado sobre mi corazon, porque es mi único consuelo.

Marta. (Lee.) «Querida y desgraciada hermana; que mi padre ignore siempre el secreto que me has confiado. Si el infame que te ha ultrajado viviera aun, yo le sabria castigar; pero olvídale todo y consuélate. Para tu hermano y para Dios no dejas de ser por eso tan pura y tan casta como siempre.» Dios mio!

Condesa. (Volviendo á tomar la carta.) Confié mi hija al cuidado de una aldeana que ignoraba mi nombre y mi clase, y de cuando en cuando iba á visitarla. Agradecida la buena muger á los pequeños favores que la hacia me llamaba su señora del amparo. Con este nombre me conocia tambien mi hija y cuando la pobrecilla estaba triste ó deseaba alguna cosa, habia aprendido á decir, como si se encomendase á alguna santa: señora mia del amparo favoréceme!.. Pero ay! apenas contaba la infeliz tres años, cuando un dia fue entrado á saco y arrasado el pueblo por los ingleses; no dejaron criatura viva, ni piedra sobre piedra... Encargué á mi hermano que averiguara el paradero de mi hija, pero tambien murió poco despues... cuando ya me habia casado con el conde por obedecer las órdenes terminantes de mi padre y porque tambien lo deseaba mi corazon. Desde entonces no he querido dar ningun paso, porque mi esposo no llegue á sospechar... Oh! sin duda ha muerto! hija mia!... si yo tuviera mi hija, qué pronto iriamos las dos lejos muy lejos de aqui! y ya no seria desgraciada, ya no tendria zelos, porque mi pasion y mis zelos serian el amor de mi hija! (Grandes carcajadas dentro á la derecha.)

Marta. El señor conde viene hácia esta parte con los capitanes sus amigos... si nos viera juntas pudiera sospechar que estamos de inteligencia. (Vase por la izquierda.)

ESCENA III.

LA CONDESA. FLAVY. ~~MARTIGNI.~~ *Varios oficiales*, luego MAURICIO. *Todos saludan á la condesa.*

Condesa. (*A Flavy á media voz.*) Teneis la bondad de concederme un momento á solas?

Flavy. (*Aparte.*) Estraña peticion! (*Alto.*) Cuando se retiren mis convidados os aguardaré aqui. (*Vase la condesa por la izquierda.*)

ESCENA IV.

Los mismos menos LA CONDESA.

Martigni. (*A Flavy.*) Se conserva aun bella la condesa.

Flavy. Se conserva aun? triste lisonja! Sabeis lo que quiere decir, se conserva aun?

Martigni. Quiere decir...

Flavy. Que ya no es bonita y que muy pronto será fea. Hablemos de otra cosa.

Martigni. Con qué estais decidido á no volver al ejército? No quereis tomar parte en el triunfo decisivo de nuestra causa?

Flavy. (*Con indiferencia.*) Es un triunfo demasiado fácil; no queda ya mas trabajo que espantar á los dispersos.

Martigni. Y la guarnicion inglesa que ocupa á Burdeos?... veinte mil hombres escogidos á las órdenes de su valiente general, el caballero de Eurondel.

Flavy. El caballero de Eurondel! Ya nos hemos visto las caras; pronto hará veinte años que nos encontramos una vez en el campo de batalla. Preguntadle si sabe lo que pesa mi rodilla sobre su corazon.... Por cierto que si no me le quitan de entre las manos, hubieran ardido en el altar de San Dionisio algunas docenas de bujias, que sin duda hubiera puesto mi noble señora, la condesa.

Martigni. La condesa!

Flavy. Oh! Quiere mucho á su patria y por lo mismo detesta á todos los ingleses y en especial á ese caba-

llero de Eurondel. Si quereis verla encendida como una grana, no teneis mas que pronunciar su nombre delante de ella. En todo se conoce la generosa y noble sangre que corre por sus venas.

Martigni. Y no la hareis la fineza de matar á ese ingles?

Flavy. Está demasiado lejos; no es razon que yo me incomode por tan poco motivo. Ni el rey me necesita para nada, ni yo quiero mas que me dejen retirado á buen vivir. Qué os parece mi vino de Jerez?

Martigni. Esquisito.

Mauricio. (*Saliendo por la derecha.*) Cierto; pero se sube á la cabeza.

Flavy. Ven acá, bastardo... porque habeis de saber que este digno escudero es bastardo y tiene nombre y apellido en una pieza.

Mauricio. (*Con tono jovial.*) Qué mérito es vivir en un palacio que otros hayan construido? Gastar un nombre es lujo y comodidad; hacerle, señores, es el trabajo digno de alabanza.

Martigni. Bien dicho!

Flavy. (*Dándole golpecitos en el hombro.*) Aqui donde le veis es un valiente soldado y un discreto escudero, tan intrépido como fiel. En los intervalos de treguas nos ibamos los dos á caza de las bellas inglesas que vivian por aqui, y me servia de mucho para quitar esa carga de los hombros de sus legítimos propietarios.

Mauricio. Mas noble y cortes era mi objeto; libertaba á las mugeres de la mala carga de sus maridos.

Flavy. Así es; y sucedió en algun caso que mientras yo conducia la muger, él se llevaba á cuestras un marido demasiado pertinaz.

Mauricio. Y avínome á veces cargar con maridos de buen tomo.

Todos. (*Riendo.*) Ab! ah! ah!

Mauricio. Era mucho patriotismo el nuestro: cuando el armisticio nos impedia atacar á los ingleses, empezábamos á hacer la guerra á las inglesas.

Flavy. Todo por entusiasmo nacional; porque el principal objeto que llevábamos era estar en continuo movimiento y hacer alarde de nuestra fuerza; y solia suceder que no teníamos mas empeño en robar la es-

posa de un ingles que en quitarle un buey ó un caballo.

Mauricio. Ni tampoco el ingles hacia por lo comun mas sentimiento por lo uno que por lo otro; y sino acordaos de aquel dia que robamos á lord Pembrock la muger y el caballo, que os dejo libre á vos que le llevabais la muger, y corrió detras de mí que le llevaba el caballo.

Todos. (Riendo.) Ah! ah! ah!

Mauricio. Seria curioso escribir nuestra historia, sobre todo la de mi señor.

Flavy. Hazte el modesto!

Mauricio. Pero tambien hemos tenido algunas aventuras no muy chistosas que digamos.—Y os podia citar entre otras la del mes de agosto de mil ochocientos cuar...

Flavy. (Interrumpiéndole.) Basta, basta.

Mauricio. Agradezco á mi buena suerte no haberme encontrado alli.

Flavy. Di mas bien que lo sientes.

Mauricio. No á fe mia: señores, oid y juzgad. Era....

Flavy. (Con imperio.) He dicho que basta!

Mauricio. (A los demas.) Ya lo veis.

Flavy. (Con tono jovial.) De algun tiempo á esta parte ya no tienes que ver en mis asuntos amorosos.

Martigni. Pues cómo?

Flavy. Hace dos años que le he quitado ese empleo y le ha sustituido su compañero Melco.

Mauricio. (Sonriéndose.) Me ha remordido la conciencia.

Flavy. Y á mí tambien; en prueba de ello he renunciado al amor y me he retirado á buen camino.

Mauricio. (Con ironia.) Vos señor?

Flavy. Cuando cayó enferma la condesa mandé á Melco que diese libertad á mis prisioneras.

Mauricio. Ha sabido la condesa vuestra noble resolucion?

Flavy. Todavia no, y ahora me recuerdas que deseaba hablar conmigo.

Martigni. Os dejamos conde.

Flavy. (A los oficiales.) Con qué señores, podeis decir al conde Dunois, cuando volvais al ejército que su amigo Flavy se ha mudado enteramente, que res-

peta las personas y propiedades de toda especie, y que vive hecho un ermitaño en su castillo de Presle. (*Va acompañándolos hasta la puerta.*)

ESCENA V.

FLAVY. MAURICIO.

Mauricio. Vos renunciar á las intrigas amorosas... eh eh! durillo se me hace.

Flavy. Eso te espanta?

Mauricio. Pues no? Sois todavía demasiado jóven y el diablo no se hizo ermitaño hasta...

Flavy. Las virtudes de los viejos no lo son aunque lo parecen, pues como ya no quedan útiles para nada, tampoco sirven para los vicios y esa es toda su virtud.

Mauricio. En efecto, qué mérito puede contraer el que no corre porque no tiene piernas? Pero renunciar al amor en la flor de sus años es cosa nunca vista.

Flavy. Y qué tal? apruebas mi conducta?

Mauricio. La admiro, señor.

Flavy. Anda hipócrita, qué has de admirar tú que has estado diez años siendo mi Mercurio!

Mauricio. Pues no quedó por falta de prudentes consejos; pero sois mi dueño y era preciso obedecer so pena de caer en desgracia.

Flavy. Tienes razon, si te hubiera escuchado...

Mauricio. A buena hora!

Flavy. (*Con seriedad.*) Dime, Mauricio, tú que por tantos años has leído siempre en el fondo de mi corazón, no te ha ocurrido nunca hacer comentarios sobre el motivo de mis caprichosas é inconsecuentes relaciones amorosas, teniendo una muger jóven y bonita?

Mauricio. Muchas veces, señor.

Flavy. Y qué has sacado en limpio?

Mauricio. Nada.

Flavy. Nada?

Mauricio. Nada que os haga favor.

Flavy. Pues bien, amigo, voy á confiarte una cosa que nunca ha salido de mis labios... Muchos años hace que he dado en sospechar...

Mauricio. De la condesa?

Flavy. Sí, de la condesa.

Mauricio. Oh! sin duda estais equivocado... y con que fundamento?...

Flavy. Por indicios vagos.

Mauricio. Y sin mas motivo?

Flavy. (*Animándose.*) Pues si tuviera la mínima apariencia de una prueba, hubiera limitado mi venganza á represalias de infidelidad?

Mauricio. Entonces...

Flavy. Te parece que aun respiraria?

Mauricio. Desechad esas ideas.

Flavy. Ponte en mi lugar. Cómo esplicarias tú ciertas palabras que la condesa pronuncia entre sueños.

Mauricio. Cuáles son!

Flavy. Deshonra! Nunca! Estoy perdida! Si llegase á saber...

Mauricio. (*Discurriendo.*) Esas palabras pueden tener mil sentidos... Deshonra! acaso hablaria de la vuestra.

Flavy. (*Con arrogancia.*) Cómo!...

Mauricio. Las mugeres suelen tener la debilidad de fundarla en las flaquezas de sus maridos. Nunca!... bien, nunca podia significar: mi marido nunca procederá bien conmigo.

Flavy. (*Con aire incrédulo.*) No, no.

Mauricio. Estoy perdida! Y en efecto como quereis que esté una pobre muger que ama á su marido, si éste la abandona.

Flavy. Pero y aquello de=Si llegase á saber...

Mauricio. Si llegase á saber lo que sufro por su causa.

Flavy. Y otras mil de que no me acuerdo.

Mauricio. Que podrán esplicarse tan cómodamente como las demas.

Flavy. Y cómo me esplicas esto: desde el dia que nos casamos no la he conocido un momento de buen humor; siempre llorando, siempre buscando motivos de entristecernos mutuamente.

Mauricio. Eso depende de vuestra conducta.

Flavy. Al contrario, mi conducta depende de las sospechas que me hizo concebir... Tuve necesidad de distraerme para no cavilar, y las distracciones acabaron con mi amor... Desde entonces me ha sido im-

posible reanimar mi afecto á la condesa... temo siempre que se burle de mí, si la guardo una escrupulosa fidelidad... hasta sus celos me irritan... todo me parece fingimiento. Y así he tratado de buscar nuevas sensaciones, pues como tú has dicho muy bien, soy joven todavía y....

Mauricio. Y los propósitos de enmienda?

Flavy. Se los llevó la trampa. He vuelto á tener sospechas.

Mauricio. Y vuelta á buscar queridas?

Flavy. (En tono jovial.) Si vieras la que acabo de encontrar!

Mauricio. Retiro mi admiracion.

Flavy. Cuando uno busca distracciones no es prueba de que está afligido?

Mauricio. En toda mi vida he conocido un hombre mas afligido que vos de doce años á esta parte.

Flavy. (En tono suelto.) Vamos á cuentas, señor censor; te parece á tí que me engañas? Sales á tomar el fresco á media noche con el objeto de cumplir algun voto religioso?

Mauricio. (Aparte.) Alerta, Mauricio! (Alto.) Sí, señor, voy á llevar mis ofrendas á las Madonas de los templos inmediatos.

Flavy. (Sonriendo.) Madonas de jaspe?

Mauricio (Con intencion.) De jaspe, de madera ó de yeso; la materia no hace al caso.

Flavy. Ya; y en tus oraciones que las pides?

Mauricio. El perdon de mis culpas y de las vuestras señor.

Flavy. De mis culpas?

Mauricio. Sí vos, amo y bienhechor mio, me enriquecis por un lado, yo me arruino por otro con las ofrendas que deposito en los altares.

Flavy. (Riendo.) Ah! ah! ah!

Mauricio. (Con risa forzada.) Ah! ah! ah! (Aparte.) Tengo un miedo que no veo! (Sale Bruno por el foro y Melco por la derecha.)

Melco. (Bajo á Flavy.) Ya estoy de vuelta.

Bruno. (Bajo á Mauricio.) El caballo está listo.

Mauricio. (Bajo.) Bien. (Alto y saludando.) Señor conde....

Flavy. (Siguiéndole hasta el foro.) Cuidado que te se escape una palabra!

Mauricio. (Con intencion.) Por demas es recordarme cuanto conviene á vuestro honor. (Vase con Bruno.)

ESCENA VI.

FLAVY. MELCO.

Flavy. (Volviendo con ansiedad.) Despacha, Melco, qué noticias traes?

Melco. Muy pocas, señor.

Flavy. Con que no has egecutado mis órdenes?

Melco. Al pie de la letra. Anduve seis leguas en dos horas.

Flavy. Adelante.

Melco. A distancia conveniente dejé mi caballo atado á un arbol, me disfracé de mendigo, y me dirigí al convento de Santa Rosalia.

Flavy. Bien.

Melco. A donde llegué pidiendo un pedazo de pan y hospitalidad por algunas horas.

Flavy. Bien.

Melco. La tornera me estuvo examinando largo rato, para calcular sin duda si seria prudente franquearme la entrada, que está prohibida á todos los hombres, excepto á los padres y protectores de las colegialas.

Flavy. Y al fin...

Melco. Me habia fingido cojo y manco; iba encorbado sobre mis muletas, tenia la cara macilenta, los ojos medio cerrados, la voz apagada, parecia una sombra.... me dejó entrar.

Flavy. (Con satisfaccion.) Ah!

Melco. En seguida tomé un refrigerio y entablé con la tornera una conversacion muy tirada. Todo se me volvia buscar trazas para tomar el hilo de mi objeto, cuando quiso mi buena fortuna que pasasen por delante de mí todas las colegialas que venian del jardin.

Flavy. Y la viste?

Melco. Y aun pregunté á la tornera, decidme, hermana, quién es aquella niña tan modesta y tan graciosa?

Flavy. Qué te dijo?

Melco. Que estaba en el convento hacia dos años.

Flavy. (Con impaciencia.) Su clase, su familia?

Melco. (Con cachaza.) Como la tornera no tiene mas empleo que dar vueltas al torno, y como la señora abadesa no la da parte en sus asuntos, resulta muy naturalmente que no sabe mas; yo tampoco sé mas que ella, y vos sabeis tanto como yo.

Flavy. (Montando en cólera.) Bueno; con que toda tu maña....

Melco. Señor, si la tornera lo ignoraba, cómo la habia de sonsacar?

Flavy. Haber buscado otros medios, haber hablado con...

Melco. Eso es, y que hubieran conocido que mi verdadero objeto era espiar á esa joven.

Flavy. (Entusiasmado.) Y bien mirado, qué me importa á mi! Basta que es un angel, que la adoro, y que sus títulos y nombre nada pueden alterar mi amor.

Melco. Con que tanto la amais?

Flavy. Oh! Melco!..... Desde el dia que la vi por primera vez..... cuando yo iba con el rey á visitar los castillos inmediatos y entramos á descansar en el convento y todas las colegialas salieron á recibirnos..... Desde entonces llevo clavada en el corazon aquella celestial mirada que le hizo palpitar de gozo, la única vez que se encontraron sus ojos con los míos.

Melco. Lo que mas me maravilla es que habiendo pasado ya un mes, no hayais arrancado esa flor de su tallo, aun cuando hubierais tenido que mandarnos romper á bachazos las puertas del convento.

Flavy. Oh! No quiero asustarla ni hacerla el menor daño. Con ella no he ser el feroz capitan Guillermo de Flavy; no, porque la adoro como se adora á Dios con temor y con respeto.

Melco. (Aparte.) Con respeto! Cómo ha variado este buen señor!

Flavy. Es mi último amor y el único verdadero de toda mi vida. No quiero que lo sepa la condesa, porque sus celos amargarían la dulzura que empiezo á saborear. En cuanto la tengamos en nuestro poder la ocultaremos en mi castillo de San Alberto donde nunca va la condesa,

Melco. Y yo seré el angel guardian de ese paraiso?

Flavy. Con trescientos ducados de renta. Está ya todo prevenido para la espedicion de esta noche?

Melco. Todo, señor.

Flavy. Preven á Marta que ha de venir con nosotros; nos es indispensable para introducirnos en el convento y para conducir á esa joven al castillo.

Melco. (Con tono festivo.) Eso es; un pájaro caza á sus compañeros: una muger seduce á otra.

Flavy. Anda, Melco; dispon los tres caballos mejores que encuentres... Va á anochecer; el cielo está cubierto de nubes, tal vez haya tempestad... Anda, anda.

Melco. (Aparte.) Una mala accion! aseguro mi suerte! (Vase por el foro.)

ESCENA VII.

LA CONDESA. FLAVY.

Condesa. (Saliendo por la izquierda.) Señor....

Flavy. Qué teniais que decirme?

Condesa. Lo mismo que os he repetido muchas veces.

Flavy. Y qué os prometeis de tanta pesadez?

Condesa. Oh! Nada.

Flavy. (Retirándose.) Pues entonces....

Condesa. (Deteniéndole.) No, esperad. Si en el fondo de mi alma no me prometo nada de vos, quiero que por lo menos me quede la satisfaccion de haber cumplido por mi parte con todo mi deber. Hace ya muchos años que abatida, abandonada, no ceso de llorar.

Flavy. En efecto, señora, es lo mismo que me habeis repetido muchas veces.

Condesa. (Animándose.) Sí; mas ahora deseo obtener un resultado inmediato y positivo.

Flavy. Bien, pero acabemos pronto.

Condesa. Oh! esta vez habeis de escucharlo todo.

Flavy. (Aparte.) Si el cuento no es muy largo.

Condesa. (Conmovida.) Vos, señor, no podeis saber cuanto os amaba, cuanto y cuan irresistible amor fue necesario para que yo me decidiese á daros mi mano.

Flavy. Cualquiera diria que habiais tenido que hacer los mayores sacrificios para unir vuestra suerte con la mia. Prometiómé vuestro padre verificar este enlace si hacia por dos años una guerra á muerte á los ingleses, lo cumplí y asunto concluido. Tened la bondad de decirme donde estuvo el heroismo de vuestro amor, qué obstáculos tuvisteis que atropellar.

Condesa. Obstáculos!... Ah!... nunca los sabreis.

Flavy. (*Aparté.*) Mejor! con eso acabaremos antes.

Condesa. Pero los hubo, creedme... Y en pago de tanto amor, solo he recibido el triste desengaño de que al uniros conmigo no aspirabais sin duda mas que á poseer las tierras y los castillos de mi padre.

Flavy. Tierras y castillos! para qué los necesito yo cuando los tesoros que por mi brazo obtengo, y disipo en cuatro dias bastan y sobran para comprar un reino?

Condesa. Indiferente á mis súplicas y lloros, complacido siempre en manifestarme un despego, una profunda saña, sin motivo, sin pretexto....

Flavy. (*Estremeciéndose.*) Sin motivo decis?...

Condesa. Negadlo si podeis.

Flavy. No: sin motivo, no; revolved en vuestra memoria los años que han pasado y en ellos encontrareis la causa de mi conducta. El despego empezó en vos; el misterio, la tristeza, los lloros sin objeto empezaron en vos; la desconfianza, los celos en aquellos primeros dias en que no hay muger tan poco pagada de sí misma, que se atreva á imaginarlos ni un solo momento se han apartado de vos. Nunca me habeis creído, nunca me habeis pagado con franqueza y libertad.

Condesa. Y el tiempo ha justificado mis temores.

Flavy. Sí; porque ellos hicieron la desgracia de nuestra vida. Esperabais acaso que me apartarian de las otras mugeres y me apartaron de vos... quise haceros palpar el resultado que producian vuestros celos creyendo que asi se curarian.

Condesa. Y se han curado bien, no es verdad?

Flavy. No ha quedado por mí.

Condesa. (*Sonriendo con amargura.*) Tú me desprecias, porque soy una débil muger. Te engañas, Flavy; es-

toy resuelta á no sufrir por mas tiempo el infame espectáculo de tus amores.

Flavy. Ah! pensais retiraros á algun convento?

Condesa. No ; pienso ir hoy mismo al castillo de San Alberto , y mandar á mis vasallos que arrojen inmediatamente....

Flavy. (*Aparte.*) Pobrecilla, la tengo lástima ; engañémosla.

Condesa. Qué decis?

Flavy. (*Haciéndose el amable.*) Estaba pensando que teneis las mugeres la gracia particular de hacer las cosas fuera de tiempo.

Condesa. Y por qué?

Flavy. Qué momento habeis ido á escoger para la mas terrible esplosion de cólera que os he conocido jamas!

Condesa. Cuando se ha colmado la medida de mi sufrimiento.

Flavy. Pues ahora no está la justicia de vuestra parte.

Condesa. Mientras que no mandeis que salgan del castillo de San Alberto...

Flavy. Basta ; es imposible que salgan.

Condesa. Imposible , por qué ?

Flavy. (*Con dulzura.*) Porque salieron hace mas de un mes , desde el primer dia de vuestra enfermedad.

Condesa. (*Con viveza.*) Palabra de honor?

Flavy. Os la doy.

Condesa. Puedo ir al castillo sin esponerme?....

Flavy. Cuando querais.

Condesa. Oh! nunca , nunca ; con tal que me jureis que ahora mismo puedo ir.

Flavy. Ahora mismo , á fé de caballero. (*Aparte.*) Mañana será otra cosa.

Condesa. (*Poniéndose la mano sobre el corazon.*) Oh! Qué placer tan vivo despues de tanto dolor! Ya era tiempo , Flavy ; ya era tiempo de que me mirases con piedad ; no hubiera tardado en morir.

Flavy. (*Aparte.*) Me da pena escucharla.

Condesa. Mira , ya olvido todo lo pasado ; mira , ya tengo confianza.

Flavy. Siento tener que dejarte. Uno de los oficiales mis amigos me ha traído un encargo del rey , que me es forzoso desempeñar esta noche.

Condesa. Pero mañana serás mio?

Flavy. Tuyo.

Condesa. Para siempre?

Flavy. Para siempre.

ESCENA VIII.

Los precedentes. MELCO en el foro.

Melco. Señor conde, los caballos estan prontos.

Flavy. A Dios!

Condesa. Hasta mañana! (*Vanse Flavy y Melco por el foro.*)

ESCENA IX.

LA CONDESA *sola.*

Dios mio! qué felicidad! por un momento de placer así puede darse un siglo de penas... Oh! qué bellas son las flores, qué alegre la luz, qué dulce y puro es el aire (*Se pasea.*); qué deleite es la vida cuando una se ha visto á dos pasos de la muerte!... hasta mañana! pero qué voy á hacer hasta mañana con esta impaciencia que me agita, con esta alegría que rebosa en mí. Llamaré á mis doncellas, saldremos juntas á respirar el aire de la noche. (*Empieza á oscurecer.*)

ESCENA X.

LA CONDESA. MARTA *que sale por la izquierda.*

Condesa. Marta, eres tú! ven, abrázame, tengo muchas cosas que decirte.

Marta. (*Suspirando.*) Ah!

Condesa. Qué tienes? estás triste? Cuéntame tus penas, yo las disiparé. Necesitas alguna cosa? oro, diamantes? si yo la tengo, tuya es... Escucha, ya soy feliz y es preciso que tú lo seas.

Marta. Dios mio! no quisiera decirnos...

Condesa. Qué! Alguna mala noticia? Han arruinado

los ingleses alguno de mis castillos? Ha consumido el fuego el mejor de mis bosques? Qué importa! Sí, no sabes tú, si mi esposo ha variado y me quiere como antes.: hace ya mucho tiempo que ha reformado su conducta... y yo que no lo sabia y estaba triste, desesperada; pero ya lo sé todo.

Marta. (Con tristeza.) Lo sabeis todo señora?

Condesa. (Mira á Marta, se estremece y luego de pronto.) No; pero quiero saberlo!

Marta. Lo exigis?

Condesa. (Angustiada.) No ves lo que padezco? acorta mi suplicio, dímelo todo, sin detenerte.

Marta. El señor conde va con Melco esta noche al convento de Santa Rosalia.

Condesa. Sigue, sigue.

Marta. Donde hay una joven muy bonita, de quien está enamorado vuestro esposo.

Condesa. Ah! Entonces si ha renunciado á las demas ha sido solo por ella; entonces la quiere con un amor profundo, verdadero, el mas penoso para mí.... Ah! no lo sufriré.... Pero no, eso es mentira, te han engañado, Marta

Marta Señora!

Condesa. No me hagas caso; no sé lo que me digo..... sigue, sigue; ya no volveré á interrumpirte.

Marta. De grado ó por fuerza quieren sacarla del convento y llevarla al castillo de San Alberto.

Condesa. Quién te lo ha dicho?

Marta. Melco; el conde se está disfrazando, van á partir ahora mismo; quieren que yo les acompañe, pero no iré.

Condesa. (Muy agitada.) Irás.

Marta. Pero....

Condesa. Es preciso. (Pausa.) Yo tambien iré al convento con una de mis doncellas, por el camino del bosque para llegar mas pronto. Procura retardar la marcha del conde bajo cualquier pretesto. Si consigo llegar antes que él, la abadesa me conoce y estará prevenida; si ya llego tarde, mañana antes de amanecer me darás entrada en el castillo sin que nadie lo sepa.

Marta. Haré lo que mandais, señora; pero no sé como

teneis valor para esponeros en una noche tan oscura y amenazando una tempestad.

Condesa. (Sonriendo con amargura.) Pobre muger que no has llegado á sentir que hay en el corazon tempestades mas terribles! Ah! no has estado nunca celosa? No te ha maldecido Dios! Pobre muger, que temes á la noche y á la tempestad! Anda, Flavy te espera; ten valor, que yo por mí nada temo. (*Vanse Marta por el foro y la Condesa por la izquierda.*)



ACTO SEGUNDO.

Una sala de recibo en el convento de Sta. Rosalia; puertas al foro y laterales, una ventana y un velador con refrescos á la izquierda, á la derecha dos sillas.

ESCENA PRIMERA.

LA ABADESA *bordando*. MARIA.

Maria. (*Escuchando á la puerta del foro con un libro en la mano.*) No era él!

Abadesa. Siéntate y sigue leyendo.

Maria. (*Se sienta y lee.*) «Juana de Arco. (*Se interrumpe y escucha mirando al foro.*) Juana de Arco, perseguida por los ingleses iba á entrar en Compiègne cuando... (*Cierra el libro y vuelve á escuchar.*) Ahora sí que no me engaño. (*Corre al foro, escucha y dice con tristeza.*) No, no; ya no se oye nada mas que el ruido de la lluvia y del viento. (*Vuelve al lado de la abadesa.*)

Abadesa. (*Levantándose.*) Maria, ya te he dicho que con un temporal tan fuerte los caminos se ponen intransitables; son las doce de la noche, y tu protector seguramente ya no vendrá. Deberías retirarte á descansar.

Maria. De mejor gana velaria toda la noche. Nunca me ha faltado á su palabra; me ha prometido que nos veríamos hoy y no tengo duda que vendrá.

Abadesa. Mucho quieres á tu protector.

Maria. Qué he de hacer, señora? es mi único apoyo en el mundo.

Abadesa. Pero todo lo que sabes de él es que te colma de beneficios?

Maria. Nada mas; nunca me ha dicho su nombre.

Abadesa. Eso es raro!

Maria. Siempre que le he hecho alguna pregunta acer-

ca de mi familia ó de la suya, me ha respondido que mas adelante me instruiria de todo.

Abadesa. Y no has pensado nunca en las causas que pueden obligarle á guardar ese misterio?

Maria. Oh! muchas veces; ya podeis figuraros mi impaciencia por conocer mi familia y los motivos que tiene ese noble caballero para protegerme desde niña. No es verdad que podia muy bien ser...

Abadesa. Tu padre?...

Maria. Daria la mitad de mi vida por poderle llamar con ese dulce nombre.

Abadesa. Me alegro, hija mia, que tengas tan buenos sentimientos; pero acuérdate que al recomendarte eficazmente á mi cuidado, tu protector te recomendó tambien la sumision y la obediencia... ya no debes esperarle esta noche, anda, vete á descansar, yo te lo ruego.

Maria. Obedezco, pero estoy cierta de que no dormiré... Buenas noches, madre mia.

Abadesa. (*Besándola en la frente.*) Bendita seas, buena hija.

Maria. (*Al llegar á la puerta del foro, da un grito viendo á Mauricio que se presenta en ella.*) Ah! (*Le abraza y le lleva hácia la abadesa.*) Bien sabia yo que vendria.

ESCENA II.

LA ABADESA. MARIA. MAURICIO.

Mauricio. (*A la Abadesa.*) Señora, perdonad si he venido á incomodaros á una hora tan adelantada de la noche; pero la tempestad me ha obligado á detenerme en una choza.

Abadesa. (*Señalando á Maria.*) La habeis tenido muy inquieta.

Maria. Pero todo lo compensa la alegria que me da en este momento.

ESCENA III.

Una doncella del convento, LA ABADESA. MAURICIO Y MARIA.

La doncella. (*Sale por la izquierda.*) Han llegado dos

señoras pidiendo asilo hasta que pase la tormenta.
Abadesa. Voy á recibirlas. Es preciso velar toda la noche por si viene alguna otra señora á llamar á nuestra puerta; preparad la habitacion, núm. 3. (*A Mauricio.*) Os deixo con Maria. (*Vanse, la Abadesa por la izquierda, y la doncella por la derecha.*)

ESCENA IV.

MAURICIO. MARIA.

Maria. Por fin, habeis venido, gracias á Dios! Os he estado esperando todo el dia y ya empezaba á temer que alguna desgracia... Estareis cansado; quereis alguna cosa? (*Señalando al velador.*) Todo esto lo tengo de prevención para vos.

Mauricio. Gracias, hija mia!

Maria. (*Quitándole la capa y poniéndola sobre una silla.*) Dadme la capa... Temia que os hubiéscis encontrado con los haididos que pasan muchas veces por ese lado por donde venis.

Mauricio. (*Sonriéndose y tomándola una mano.*) Y cómo sabes tú por qué lado vengo?

Maria. Eso es muy facil; siempre llamais por la puerta que mira á esta parte del rio, y nunca por la del puente, con que precisamente venis por el camino que va á la fortaleza de S. Alberto, cuyas almenas se divisan desde aqui cuando el tiempo está sereno. Muchas veces me ha ocurrido si sereis vos el dueño de ese castillo; pues aunque me habeis aconsejado que espere con paciencia, que un dia llegará en que podreis informarme de mi familia y vuestro nombre...

Mauricio. Eso te inquieta?

Maria. Cuando os hallais en mi presencia, no deseo otra cosa.

Mauricio. Pues bien, ya ha llegado el dia que te prometí.

Maria. Vais á decirme?...

Mauricio. Siéntate á mi lado. (*Se sientan.*)

Maria. Ya os escucho.

Mauricio. No es verdad, Maria, que estás esperando que mis palabras realicen las gratas ilusiones de tus sue-

ños? Sin duda te has figurado unos padres nobles y poderosos...

Maria. Os juro que no; nunca he pensado en riquezas ni títulos. Quereis que os diga lo que me he figurado siempre en mis sueños? un padre bueno y honrado, un padre que me quiere, y una madre bella y cariñosa con ojos de mirar apacible que no se apartan de los míos.

Mauricio. Y de mí qué te figuras?

Maria. Oh! en cuánto á vos, nada tengo que dudar. Con acordarme del bien que me habeis hecho, sé de positivo que sois el mejor de los hombres.

Mauricio. Oye, Maria, luego que me conozcas, podrás libremente elegir entre dos partidos que te voy á proponer; venir conmigo ó quedarte en el convento.

Maria. Aqui se pasa una vida tranquila y feliz; pero mas calma y felicidad debe hallarse á vuestro lado; iré con vos.

Mauricio. Fácil me seria llevarte conmigo, continuando en ocultarte como hasta ahora, un secreto que acaso desvanezca tus dulces ilusiones; pero siempre temeria que en lo sucesivo te lo revelara algun extraño, y que te pesara entonces haber unido tu suerte con la mia.

Maria. Oh! nunca, nunca; decid...

Mauricio. No has oido hablar de esos capitanes aventureros que levantan compañías por su cuenta y con pretexto de hacer la guerra á los ingleses, tratan á la Francia como á pais enemigo?

Maria. Oh! muchas veces; y aun he llegado á sospechar que alguno de esos hombres desalmados podia tener parte en la historia de mi familia. La señora abadesa nos ha contado que son unos hombres sedientos de sangre y de rapiña, que asaltan las iglesias, asesinan á los sacerdotes, incendian los castillos y los pueblos, y no temen á Dios.

Mauricio. Tú los habrás maldecido alguna vez, Maria!

Maria. He rogado al señor que su piedad infinita los llame á buen camino.

Mauricio. Y el señor sin duda te ha escuchado porque al fin ha movido mi corazon.

Maria. Cómo! habeis sido?...

Mauricio. He sido... no vayas á creer que tanto como el afortunado capitan que á pesar de sus crímenes, sabe adquirirse una gloria que en cierto modo disminuye la fealdad de sus delitos... menos aun el escudero, el confidente de uno de esos caballeros, á quienes me parezco en todo menos en el nombre que me falta, y en la gloria, que reducido á una esfera subalterna, no he podido conseguir.

Maria. Dios mio!

Mauricio. Tal es el hombre, Maria, que sin obligaciones de ninguna especie, te ha cuidado desde niña con el desvelo de un padre y continuamente ocupado en tí ha consagrado todos sus afanes á asegurar tu suerte en lo sucesivo... Oh! ya me conoces... dime por Dios si puedo contar todavía con tu cariño?

Maria. (Que se ha ido conmoviendo gradualmente.) Lo habeis dudado alguna vez?

Mauricio. (Descubriéndose.) Perdóname pues, ángel del cielo, en señal de que Dios me ha perdonado.

Maria. (Arrodillándose á sus pies.) Padre mio, bendecid á vuestra hija.

Mauricio. (La levanta y se quedan de pie.) Ahora voy á referirte lo que sé de tí.

Maria. (Llorando y estrechándole la mano.) Con que no sois mi padre, y sin embargo siempre habeis sido tan bueno para mí! (Se enjuga los ojos.) Decid, decid; ya os escucho.

Mauricio. Hará doce años, cuando mas encarnizada estaba la guerra con los ingleses y mas á su salvo ejercian los capitanes aventureros sus violencias y rapiñas, estábamos un dia, me acuerdo muy bien, el 15 de enero de 1438 en un castillo de mi señor, y nos llegó de pronto la noticia de que los ingleses habian asolado la inmediata aldea de Belmont.

Maria. (Reflexionando.) Belmont!

Mauricio. En seguida salimos á atacarlos, si nos aguardaban; ó á recoger los restos del botin si llegábam^{os} tarde.

Maria. (Consigo misma recordando antiguas ideas.) Sí, sí. (A Mauricio.) Y luego?

Mauricio. Llegamos en efecto, cuando ya se habian marchado los ingleses, despues de quemar el pueblo

y pasar á cuchillo á todos sus habitantes. No encontramos mas que ruinas.

Maria. Proseguid.

Mauricio. Nos pusimos á registrar aquellos escombros, levantando las piedras ahumadas por si se encontraba alguna cosa. Andaba yo, como los demas, distraido en aquella ocupacion, cuando en una choza medio arruinada donde me habian dejado entrar solo, hallé oculto un ingles con una niña entre sus brazos... sin darle tiempo para moverse, le atravesé el corazon con mi daga, y le quité la niña.

Maria. (Consigno misma y muy conmovida.) Si... eso es.

Mauricio. Los niños eran entonces la parte mas preciosa de un botin, porque los vencedores exigian por ellos cuantiosos rescates. Yo esperaba que los padres de la niña me pagasen bien y por eso maté á aquel hombre.

Maria. Oh! qué horror!... perdonad...

Mauricio. (Friamente.) Era un ingles. (Conmovido.) Y aquella niña, tú, Maria... (La besa en la frente y se enjuga una lágrima.) Te llevé conmigo, esperando que alguno viniese á reclamarte; pero pasó mucho tiempo y nadie te reclamó... Entonces te hubiera vendido por un escudo, si hubiera hallado quien me lo ofreciera; porque habia perdido la esperanza de ajustarme con tus padres. (Enternecido.) Sí, Maria, unico amor y consuelo mio sobre la tierra, noble y graciosa niña, entonces te hubiera vendido por un escudo!

Maria. (Conmovida, pero deseosa de saber el resto.) Oh! seguid, seguid.

Mauricio. Pero tus gracias, tu debilidad, el cariño que me profesabas y el abandono en que te veia, movieron al fin mi corazon y resolví cuidarte como padre... Te puse á cargo de una muger á quien entregaba de cuando en cuando para que te asistiese, el fruto que obtenia de mi infame profesion. Al cabo de algunos años llegué á verme rico por la generosidad de mi capitan: de modo que cuando murió la muger que te tenia en su casa, pude traerte mas cerca de mí y presentarte en este convento con un lujo y esplendidez que me hicieron pasar por un

noble caballero, opinion que he sostenido con los magníficos presentes que he prodigado á la abadesa, para que te mire como hija y nada te falte.

Maria. Padre mio... y mi familia?... nunca habeis podido descubrir?...

Mauricio. Hace dos años que he vuelto á dar algunos pasos. He preguntado á todos los vecinos de las nuevas casas de la aldea de Belmont...

Maria. Y nada sabian?

Mauricio. Nada... pero tú no podrias, revolviendo tu memoria, acordarte de alguna circunstancia que nos fuese útil?

Maria. Era tan niña entonces!

Mauricio. Ya tenias tres ó cuatro años.

Maria. Cuando me hablásteis de Belmont se me figuró que habia oido nombrar esa aldea en alguna otra parte.

Mauricio. Pero el ingles que te tenia en sus brazos, á quién te habia robado?

Maria. No me acuerdo... Solo conservo una idea vaga de aquellas horrorosas escenas, como la sensacion que deja una pesadilla cuando se olvida enteramente su objeto.

Mauricio. Y antes de esa época, no te acuerdas de alguna cosa?

Maria. Oh! sí, sí... me acuerdo de una cosa: la conservo tan clara, tan viva en mi memoria, como si me hubiera sucedido ayer.

*Mauricio.*Cuál es? dí.

Maria. Pero es sola, aislada, no tiene relacion con ninguna otra.

Mauricio. No importa, dí.

Maria. (*Recordando muy despacio.*) Figuraos un jardin donde estoy yo con dos mugeres, una en trage de aldeana y otra vestida con mucho lujo; la primera me toma en sus brazos y me dice: mira, mira á nuestra señora del Amparo, y entonces la señora me besa, me acaricia mucho y se la saltan las lágrimas; despues se marcha, dejándome muy triste, y luego por la noche cuando me hace la aldeana repetir sus oraciones, me enseña á concluir diciendo: Señora mia del Amparo, favoréceme.

Mauricio. A eso se reduce todo?

Maria. Todo; y desde entonces me ha quedado la costumbre de pronunciar esas palabras cuando temo alguna desgracia, y no sé en qué consiste que al punto que las digo todo me sale bien... ahora mismo cuando me retiraba á mi habitación con mucha inquietud por vos, iba repitiéndolas entre mí, y de pronto habeis aparecido.

Mauricio. Y no recuerdas los nombres de aquellas mujeres?

Maria. No; solamente recuerdo su fisonomia y el metal de su voz.

Mauricio. Ni sabes tampoco de dónde venia la señora?

Maria. Entonces me figuraba yo que venia del cielo, porque era bella y cariñosa como un ángel.

Mauricio. (*Poniéndose la capa.*) Vamos; tengo que dejarte.

Maria. Ya?

Mauricio. Va á amanecer; necesito aprovechar los momentos para poner en salvo los bienes que poseo... pero dime, Maria; si por dicha encontramos á tus padres y son nobles y poderosos, me abandonarás entonces?

Maria. Oh! nunca, nunca... una cosa sé deciros, y es que suceda lo que quiera, nunca me separaré de vos.

Mauricio. Maria!

Maria. Por ventura no sois ya mi padre?... Ah! vos quereis que os llame siempre padre mio, no es verdad?

Mauricio. (*Estrechándola las manos.*) Pues no te llamo yo siempre hija mia? oye, prepárate; mañana tal vez partiremos lejos de aquí, á un pais donde vivamos felices, apartados del teatro de mis...

Maria. (*Poniéndole la mano en la boca.*) Donde queráis, padre mio.

Mauricio. Todo consiste en que me entregue hoy mi señor una escritura que me ha prometido.

Maria. Y mañana?...

Mauricio. Sí; pero júrame que no dirás á nadie, ~~ni a~~ ~~oyes? á nadie, por ningún pretexto,~~ lo que acabo de contarte.

Maria. A nadie, os lo juro.

Mauricio. Adios, Maria, adios!

ESCENA V.

MAURICIO. MARIA. ~~LA ABADESA~~ que sale por la izquierda.

Mauricio. (Saludando.) Señora...

Abadesa. Tan pronto?

Mauricio. Ya ha pasado la tempestad.

Abadesa. Ha debido ser muy horrorosa para los pobres caminantes: porque una de las señoras que acaban de llegar está tan sobresaltada, tan pálida...

Mauricio. Os dejo entregada á los sagrados deberes de la hospitalidad... acaso mañana vendré por última vez á manifestaros mi agradecimiento por las bondades que os debe mi Maria.

Abadesa. Os la vais á llevar?

Mauricio. Probablemente; pero mi gratitud y la suya serán eternas. (Vuelve á saludar.)

Maria. Me permitis, señora, que vaya acompañando á mi bienhechor hasta la puerta del parque?

Abadesa. Con mucho gusto, y luego vete á descansar.

ESCENA VI.

LA ABADESA. LA DONCELLA DEL CONVENTO. LA CONDESA.

Abadesa. (A la doncella que sale por la derecha.) Está dispuesta la habitacion?

Doncella. Sí, señora. (Vase por la izquierda y por este mismo lado entra la condesa.)

Abadesa. Podeis, señora, disponer de vuestra habitacion; buena falta os hace dormir un poco.

Condesa. Tengo que hablaros un momento.

ESCENA VII.

LA ABADESA. LA CONDESA.

Abadesa. Como gustéis... Ahora que os miro despacio se me figura que os he visto alguna otra vez.

Condesa. Hace cinco años... soy la muger del conde de Flavy.

Abadesa. Con efecto, ya me acuerdo... Venis acaso

señora, con la misma resolucion que en aquel tiempo?

Condesa. No, pero... dispensadme no puedo perder un instante.

Abadesa. Es una dicha para el convento y para mí, noble condesa, tener esta ocasion de ofreceros un asilo y de manifestaros el afecto que mereceis; pero cómo os habeis puesto en camino con una noche tan mala?

Condesa. Todo lo preví, la noche, los riesgos, la tempestad, y sin embargo me puse en camino para venir aqui; no llevaba otro objeto.

Abadesa. (Admirada.) Veniais aqui directamente?

Condesa. Voy á deciros el motivo. No teneis en el convento una jóven muy bonita?... dicen que no puede equivocarse, porque es la mas bonita.

Abadesa. Sí, sí.

Condesa. Quiénes son sus padres?

Abadesa. No lo sé; doce años hace que me la encargó un caballero muy rico, que nunca ha querido decir su nombre.

Condesa. Un caballero muy rico?

Abadesa. Sí señora.

Condesa. Que viene de incógnito? (*Aparte.*) Es Flavy.

Abadesa. Y por señas, que segun dice, la va á sacar muy pronto, acaso mañana.

Condesa. (Con energía.) Ese caballero tiene que venir esta noche.

Abadesa. Ya ha venido y se ha marchado tambien hace un momento, cuando vos ibais á entrar.

Condesa. (Aparte.) Ha llegado antes que yo!

Abadesa. Es conocido vuestro?

Condesa. Pero la jóven está aqui todavia?

Abadesa. Sí, señora.

Condesa. Gracias á Dios; es tiempo aun de salvarla.

Abadesa. Salvarla!

Condesa. Sabeis, señora, quién es ese caballero incógnito?

Abadesa. Me haceis temblar.

Condesa. Mi esposo! Guillermo de Flavy.

Abadesa. Cielos! Con que es él! y yo le he recibido sin saberlo! yo que temblaba con solo escuchar su nombre!

Condesa. Esa niña, la habré robado á sus padres de pequeña, y ahora la destina á sus infames amores.

Abadesa. Gran Dios!.. Sabeis que tiene que volver mañana?

Condesa. Tranquilizaos; por fortuna lo he sabido á tiempo... Señor conde, por esta vez llegais tarde!

Abadesa. Qué hacemos?

Condesa. Solo hay un medio de evitar la desgracia de esa jóven. Quereis confiarme su salvacion?

Abadesa. Ah! sí, salvadla, salvadla por Dios! que no se profane este asilo con los escándalos del mundo.

Condesa. Se la entregaremos á mi tio el duque de Armenis.

Abadesa. Perfectamente; vuestro tio es el protector del convento, y mas de una vez ha venido á defenderle con armas y soldados.

Condesa. Allí estará segura y al lado de una muger que es un modelo de virtud.

Abadesa. Señora, Dios ha guiado vuestros pasos.

Condesa. Dios, y mis zelos! voy á escribir una carta para el duque, se la llevareis vos misma.

Abadesa. Iremos al instante... pero solas! en esos caminos tan poco seguros... No seria mejor escribir al duque que nos envíe algunos escuderos de su casa?

Condesa. Entonces perdemos un dia y mi marido volverá dentro de algunas horas.

Abadesa. Sí, no hay duda; es preciso partir ahora mismo. Dios velará por nosotras!

Condesa. Os encargo sobre todo, que á nadie digais una palabra de mi visita ni del objeto que me ha traído... si Guillermo de Flavy llegase á saber...

Abadesa. Oh! por supuesto.

Condesa. Dónde encontraré recado de escribir?

Abadesa. (Acercándose á la derecha para indicar la habitacion.) En vuestro cuarto, el último del corredor... soy con vos al instante.

Condesa. (Aparte.) Por fin consigo arrebatarle de las manos su conquista de mas precio... esta noche dormiré! (Vase por la derecha; la Abadesa va siguiéndola, pero la detiene la doncella.)

ESCENA VIII.

LA DONCELLA. LA ABADESA.

Doncella. (Entrando por la izquierda.) Señora Abadesa!

Abadesa. (Volviéndose.) Qué hay?

Doncella. Dos caballeros se han entrado en el convento.

Abadesa. Por qué puerta?

Doncella. Por la del puente.

Abadesa. (Aparte.) Me habia asustado! temí no volviese el conde. (Alto.) Y cómo han permitido?...

Doncella. Llamó primero una señora, que segun parece es muger de uno de ellos, y en cuanto se abrió la puerta...

Abadesa. Vienen con una señora! eso me tranquiliza mas.

Doncella. Se han mostrado muy finos y piden permiso para hablaros y disculparse con vos.

Abadesa. Vaya! el cansancio, en una noche tan mala... decidles que pasen adelante, que dentro de dos minutos estaré aqui. (Vase por la derecha.)

ESCENA IX.

LA DONCELLA. FLAVY.

Doncella. (A la izquierda.) Señores, cuando gustéis.

(Entran.) Tened la bondad de esperar un poco á que salga la señora abadesa. (Vase por la izquierda.)

Flavy. (A Melco que le viene acompañando hasta la puerta.) Espérame abi fuera; preven á Marta que no se olvide de su papel y estad pronti los dos para lo que ocurra. (Vase Melco.)

Flavy. (Solo.) No sé en que consiste que por la primera vez de mi vida me abandona mi antigua serenidad; cosa mas particular! Me late el corazon como á un chico de quince años.

ESCENA IX.

FLAVY. LA ABADESA.

Abadesa. (Por la derecha, con una carta en la mano, y volviéndose al lado por donde sale.) Si, señora, salimos al instante, descansad, no tengais cuidado.

Flavy. (Saludando.) Noble Abadesa, si el sobresalto de una dama que viene con nosotros, el frio, la lluvia y la necesidad de buscar un abrigo donde descansar algunos instantes, convencidos, como estabamos de antemano, de vuestra indulgencia y benignidad, no bastan para disculpar el atrevimiento de penetrar en este asilo, seguramente no sé qué deciros en abono de mi falta.

Abadesa. (Con indulgencia.) Es verdad que habeis quebrantado la regla del convento. Pero la regla fue sin duda establecida sin contar con noches como esta.

Flavy. Bien hice en confiar desde luego en vuestra bondad.

Abadesa. Vos sois el que teneis que dispensarme por no haberos acogido con la prontitud y el celo que debiera: os suplico que si notais alguna inquietud en mis facciones, no la atribuyais á vuestra presencia...
Sereis algun noble de las cercanias?

Flavy. (Aparte.) Inspirémosla confianza. (Alto.) Sí, señora, el conde de Monviel.

Abadesa. Con qué sois ese caballero tan afamado por su valor y sus virtudes?

Flavy. No me avergonzeis, señora.

Abadesa. Pues ya que puedo hablaros con confianza, sabed que me tiene muy acongojada un enemigo vuestro.

Flavy. (Admirado.) Enemigo mio!

Abadesa. Qué persona honrada no tiene alguna queja contra el tirano conde de Flavy?

Flavy. Eso es cierto (Aparte.) En buena opinion me tienen.

Abadesa. Casi doy gracias á Dios de que hayais violado la regla del convento, pues de ese modo he

tenido la satisfaccion de recibir á un caballero de tan buenas prendas como vos...] Ahora sí que no me queda el menor cuidado.

Flavy. Me haceis demasiado favor.

Abadesa. En cambio de la hospitalidad que he tenido la dicha de poderos ofrecer, espero que vos me protejais en la crítica posicion en que me veo.

Flavy. Hablad, señora, desde luego os aseguro...

Abadesa. Hace dos años que vino á este convento el conde de Flavy.

Flavy. (*Cuyo asombro crece sucesivamente. Aparte.*) En mi vida he puesto aqui los pies.

Abadesa. Y ocultándome su nombre, me entregó una jóven para que la educase.

Flavy. Os entregó?... (*Aparte.*) No entiendo una palabra.

Abadesa. Por una casualidad he sabido quien era, y que esa jóven iba á ser víctima de sus infames caprichos.

Flavy. (*Estupefacto.*) Ah!

Abadesa. Hace una hora que estuvo aqui.

Flavy. Guillermo de Flavy?

Abadesa. En persona.

Flavy. (*Aparte.*) Señor, qué enredo es este?

Abadesa. A decir que acaso mañana volverá por su protegida.

Flavy. Con que os ha dicho?... Y el nombre de...

Abadesa. Maria.

Flavy. (*Aparte.*) Maria!

Abadesa. Ya veis qué compromiso!

Flavy. Quereis que continúe en el convento?

Abadesa. Al contrario.

Flavy. Se la vais á entregar?

Abadesa. No, al contrario.

Flavy. Pues entonces, qué es lo que quereis?

Abadesa. Ponerla en seguridad, en poder del caballero á quien va dirigida esta carta.

Flavy. Y en qué puedo servirlos?

Abadesa. La pobrecilla no sabe tampoco el nombre de su protector; la tenia engañada como á mí, no pondrá dificultad en seguírme. Estoy decidida á llevarla esta misma noche,

Flavy. (Aparte.) Qué galimatías!

Abadesa. Pero dos mugeres solas en caminos tan espuestos!...

Flavy. Basta; mi amigo y yo os iremos acompañando, porque en efecto pudierais encontrar á alguno de esos foragidos que asi roban sin el menor escrúpulo una jóven á su familia, como pudieran coger una rosa silvestre de los matorrales del camino. *(Aparte.)* Pues señor; no hay mas que pedir.

Abadesa. Os lo agradezco en el alma, y doy gracias al cielo que os ha traído á tan buena ocasion.

Flavy. Y yo tambien á fe mia.

Abadesa. Es tan pura! tan ingenua! Tan lejos está de sospechar las intenciones de ese cruel conde de Flavy, que le quiere entrañablemente y le llama su padre.

Flavy. (Aparte.) Me llama su padre!

Abadesa. Me parece que convendrá dejarla por ahora en su ignorancia y hacerla creer que la llevamos por órden de su protector. Seria mancillar la pureza de su alma y darla un sentimiento cruel, instruirla de que hay hombres tan perversos que son el oprobio del género humano...

Flavy. (Absorto.) Exactamente opino como vos.

Abadesa. Con que... los momentos son preciosos, pudiera volver el conde de Flavy. Voy á advertir á Maria, y cuando todo esté dispuesto, os avisaré.

Flavy. Aqui os aguardo.

ESCENA XI.

FLAVY solo.

Qué lance! si parece que estoy soñando... por mas que hago por adivinar... Bah! y qué me importa! lo cierto y positivo es que dentro de poco va á salir Maria del convento escoltada precisamente por Melco, Marta, la Abadesa y yo... La abadesa está demas. pero ese es corto inconveniente: en alejándonos algunos pasos, sin el menor escándalo... *(Llamando.)* Melco?

ESCENA XII.

MELCO. FLAVY.

Flavy. Esto marcha á las mil maravillas ; la abadesa me entrega á Maria.

Melco. Por cuanto?

Flavy. De balde.

Melco. Ya! por alguna promesa , que es lo mismo. Trabajo os habrá costado.

Flavy. Al contrario ; ha salido de ella.

Melco. No lo entiendo.

Flavy. Ni yo tampoco.

Melco. Os estais burlando?

Flavy. (Con seriedad.) Oye y ten cuidado. Yo soy un caballero de las cercanías.

Melco. No lo dudo.

Flavy. Un noble honrado , protector de huérfanos y viudas.

Melco. Pues ya! qué bueno!

Flavy. (Con imperio.) Melco!

Melco. (A media voz.) Por mentir no os apureis.

Flavy. Me llamo el conde de Monviel.

Melco. Ah, ah!

Flavy. He de pasar en el concepto de Maria por un amigo íntimo de su protector.

Melco. Y qué protector es ese?

Flavy. Nadie lo sabe.

Melco. Quedo enterado.

Flavy. Tú eres tambien un caballero tan honrado como noble.

Melco. Trampa adelante.

Flavy. Oye : tenemos que llevar á Maria á un castillo inmediato ; la abadesa viene con nosotros.

Melco. Eso va bien.

Flavy. Eso va mal , y es preciso que á algunos pasos de aqui te separes á un lado con la abadesa , bajo cualquier pretexto.

Melco. Para qué?

Flavy. Es un estorbo.

Melco. Se quitará de en medio.

Flavy. Mientras que Maria, Marta y yo picamos los caballos, tú...

Melco. (*Sonriéndose.*) Bueno; ya entiendo. (*Hace que hiere á alguno.*)

Flavy. Cobarde!

Melco. Pues ya no lo entiendo.

Flavy. Cuando nos pierdas de vista, sigues caminando con lo abadesa hasta el linde del bosque, y allí desenvainas la espada...

Melco. Pues eso decia yo. (*Hace señal de asesinar.*)

Flavy. Infame!

Melco. Pues no he dicho nada.

Flavy. Pones el caballo de la abadesa en disposicion de que no ande mas, y vienes á escape á unirte con nosotros en el camino de San Alberto.

Melco. Acabárais de una vez!

Flavy. Particípaselo á Marta: idos al zaguan, donde Maria debe bajar muy pronto. Yo espero aqui á la abadesa.

Melco. (*Yéndose.*) Aunque este asunto no es muy claro, tanto me da pecar en turbio.

ESCENA XIII.

FLAVY solo.

Estoy de suerte; dentro de poco será mia... para siempre! La abadesa quedará en su error. La condesa no sabrá nada, porque ha jurado no volver al castillo de San Alberto... podré disfrutar en mi delicioso retiro el unico amor verdadero de mi vida, sin que nadie me importune con súplicas y lloros... ya vuelve la abadesa. (*Se asoma á la ventana de la izquierda.*)

ESCENA XIV.

FLAVY. ~~LA CONDESA.~~

Condesa. (*Saliendo por la derecha.*) Flavy! ha vuelto! (*Aparte con aire de triunfo*) pero la jóven ya no está aqui!

Flavy. (*Viendo á la condesa al separarse de la venta-*

na.) La condesa!.. qué haceis aqui, señora?

Condesa. (Con ironía y amargura en toda la escena.)

He querido ver por mí misma si era muy peligrosa la importante comision que el rey os habia confiado.

Flavy. (Colérico.) Me han vendido! pero yo os aseguro que tendreis memoria del atrevimiento de espiar mis pasos y salir de noche por los caminos en busca de aventuras, menospreciando el decoro de vuestra clase.

Condesa. Teneis razon: yo soy la que corro en busca de aventuras y vos el esposo ultrajado que debe castigar á una muger infiel.

Flavy. Señora, os mando...

Condesa. Podeis escusar las amenazas, porque nada temo ya de vuestra cólera... Oh! qué infamia, Flavy! qué vileza! afligir tan cruelmente á una débil muger... Ahora sí que veo con toda claridad el odio concentrado que abriga tu pecho contra mi importuno amor... No bastaba humillarme, prefiriendo á una rival que no le tiene en tu corazon, única muger que puede gloriarse de ello; no: era preciso buscar otro suplicio nuevo; verter primero en mi alma gota á gota el bálsamo del consuelo, y empaarla en seguida en el dolor, para que le sienta con mas fuerza... Crédula y confiada me hubiera adormecido soñando en mi felicidad, y antes de amanecer hubiera despertado para salir al encuentro de mi esposo. Al divisarle de lejos me hubiera estremecido de alegria, corriendo á recibirle con los brazos abiertos y el corazon agradecido.... y entonces me hubiera respondido él: Hacedos, señora á un lado; dejad el paso libre á esta muger que traigo á vuestra casa... Oh! quién sabe! Quizá esperabas que me cayese muerta, para pasar por encima de mi rostro y hacer á mi rival un obsequio digno de tí!

Flavy. (Conmovido. Aparte.) Mucho sufre la infeliz! Si pudiera engañarla!

Condesa. No teneis qué responderme?

Flavy. Qué he de deciros, señora, cuando veis que vuestras desgracias dependen únicamente de vos? Verdad es que ayer no os hablé con la franqueza que

debía ; pero consiste en que vos tampoco teneis confianza en mí.

Condesa. (Con ironía.) Es verdad ; yo soy la culpable, yo.

Flavy. Temiendo herir vuestra continua suspicacia y causaros un disgusto, me pareció prudente ocultaros que venia á tomar bajo mi proteccion á una jóven encerrada en este convento á disgusto de sus padres, que viven lejos de aqui.

Condesa. Qué ingrata soy !

Flavy. Pero ya que los celos os han impelido á seguirme, no me echeis la culpa del daño que os haceis. (Hace que se va ; la Condesa le detiene.)

Condesa. Esperad. No esquivéis los elogios que merece vuestra conducta. Con que os habeis constituido en generoso protector de esa jóven, sin mezcla de interes? Cosa rara, admirable, inaudita!.. Teneis la bondad de decirme quiénes son sus padres?

Flavy. Es inútil entrar en esplicaciones: qué ganan vuestros celos..?

Condesa. Pero gana vuestra reputacion.

Flavy. La reputacion la dan los hombres al que quieren; la desprecio.

Condesa. Y los padres de esa jóven os han encargado que la saqueis de esta prision?

Flavy. (Secamente.) Sí, señora.

Condesa. Y como estan muy lejos, os han mandado hacer sus veces?

Flavy. Sí, señora.

Condesa. Y como no será fácil llevársela por el mal estado de los caminos, os habrán suplicado que la tengais algun tiempo en vuestro poder.

Flavy. Sí, señora.

Condesa. Que la prodigueis las mayores atenciones..

Flavy. Sí.

Condesa. En fin, que la ameis.

Flavy. Sí.

Condesa. Y como galan que sois y fino caballero, os habeis propuesto llenar cumplidamente, con exceso tal vez, los deseos de sus padres..

Flavy. Basta ya!

Condesa. (Riendo á carcajadas.) Ah! Ah! Ah!

Flavy. Señora!

Condesa. Ahora me toca la vez de tenerte compasion: has llegado tarde! Esa jóven que adorabas cual ninguna; tu delirio, tu vida, ya no está aqui! la has perdido para siempre!

Flavy. (*Dirigiéndose friamente á la ventana.*) La he perdido?

Condesa. Ya está segura en un castillo inmediato....

Sólo has de volver al tuyo, Flavy, sin esperanza, sin placeres, sin la sublime felicidad que te habias prometido; solo en tu castillo solitario! Y en vez de la jóven hermosa, alegre, idolatrada, tendrás alli la muger aborrecida, marchita por el dolor. Oh!

Flavy! ahora es mi vez de tenerte compasion...

Flavy. (*Conduciéndola friamente á la ventana.*) Decis que he perdido á mi protegida? Pues no la veis alli entre mis dos criados? Va á partir, pero conmigo.

Condesa. (*Despavorida.*) Aun estaba aqui! Deteneos, deteneos!

Flavy. (*A la ventana.*) Silencio! (*A lo lejos.*) Partid, Meleo; ya os seguimos.

Condesa. Piedad! piedad!

Flavy. (*Sacudiéndola el brazo hasta hacerla tocar el suelo.*) Silencio!

Condesa. Yo la arrancaré de tus manos. Oh! yo la salvaré! (*Cae de rodillas medio desmayada; Flavy mira por la ventana, y manifesta que Maria ha partido.*)



ACTO TERCERO.

Salon en el castillo de San Alberto: dos puertas laterales y tres en el foro que comunican con una galería.

ESCENA PRIMERA.

MELCO sentado. FLAVY al foro, entrando por la puerta de enmedio.

Flavy. Hola, Melco!

Melco. (Levantándose.) Señor?

Flavy. Se ha acostado Maria?

Melco. Me parece que no: hace un momento que entró en su habitacion.

Flavy. Bien, y Marta?

Melco. Ha ido á Presle á desempeñar la comision que la habeis encargado.

Flavy. Sí; conviene que explore con sagacidad á la condesa, para ver si presume que estamos en San Alberto... Por supuesto que habrá salido por la poterna?

Melco. Segun lo teneis mandado... porque en efecto, si nos vieran entrar y salir á Marta y á mí por la puerta principal, luego inferiria todo el mundo que habiamos encerrado otro pájaro en la jaula. La dueña y yo somos conocidos en dos leguas á la redonda por halconeros íntimos de nuestro noble señor.

Flavy. Por esta vez quiero, si es posible, deslumbrar á la condesa... Con que siempre por la puerta del bosque y cuidado con la llave, á nadie se la des sin orden mia.

Melco. Ahora se la he dado á Marta para cuando vuelva de Presle.

Flavy. Pase por esta vez, pero luego ni aun á Marta. Cuánto hace que ha salido?

Melco. Ya hará seis horas, apenas llegamos aqui.

Flavy. Mucho tarda.

Melco. Se va volviendo muy pesada.

Flavy. Temo que la condesa averigüe que Maria está aquí.

Melco. Bien puede sospecharlo, pero nunca lo sabrá de positivo. Nadie nos siguió á nuestra salida del convento; el castillo en concepto de todos está deshabitado, y los soldados de la guarnicion no pueden separarse del recinto exterior; solo sabemos el secreto un corto número de vuestros mas fieles criados indispensables para asistir á la señorita; Marta que la sirve de camarera, Bruno que la ha de divertir con sus trovas, y yo que soy el guardian de las habitaciones reservadas.... Uno solo me parece temible, Mauricio.

Flavy. Quién, Mauricio? Mi leal escudero... ese tiene derecho para entrar donde quiera que yo esté... pero dime, qué has hablado con Maria desde que tuve que dejarla para ir á recorrer las inmediaciones del castillo?

Melco. Me hizo algunas preguntas....

Flavy. Y no tiene la menor sospecha...?

Melco. Ninguna; se cree en el castillo de un amigo de cierto protector, cuyo nombre y circunstancias son un secreto que, segun dice, ha jurado guardar.

Flavy. Es raro que no podamos adivinar quien es ese misterioso personage.... sea quien quiera la tendremos asegurada y no es posible.... ya estoy impaciente por volverla á ver.

Melco. Aquí viene Marta que la podrá avisar.

ESCENA II.

Los precedentes. MARTA por el foro.

Flavy. Pensé que no volvías.

Marta. (Agitada.) Son los caminos tan malos!

Melco. Y tus piernas como los caminos.

Flavy. Y tu lengua como sus piernas. *(A Marta.)* Vuélvele á Melco la llave de la poterna.

Marta. Tomadla.

Flavy. (A Melco.) Vete á ver si está bien cerrada.

Melco. Voy , señor. (*Vase por la puerta de enmedio.*)

Marta. (*Aparte.*) Como no le ocurra entrar en mi cuarto y vea á la condesa!

Flavy. (*A Marta.*) Qué dices de la condesa? la has hablado?

Marta. (*Turbada.*) No estaba en el castillo de Presle.

Flavy. Se habrá ido á quejar á su tio el conde de Armenis.

Marta. Yo nada sé.

Flavy. Dí á mi bella protegida que desco ponerme á sus órdenes.

Marta. (*Aparte.*) Tiemblo de susto. (*Alto.*) Voy á decirselo. (*Vanse por la izquierda. Bruno se presenta en la puerta de enmedio.*)

ESCENA III:

BRUNO. Luego MAURICIO.

Bruno. (*De puntillas.*) Quisiera yo saber... Melco dice que es tan bonita! (*Se pone á mirar por el agujero de la cerradura, sale Mauricio por el foro y se aproxima poco á poco á él.*) Está en la sala de dentro... Vaya que si alguno me viera!....

Mauricio. (*Tocándole en el hombro*) Imprudente!

Bruno. (*Asustado.*) Ah! (*Viendo á Mauricio.*) Ah! sois vos; habeis encontrado en Presle la carta en que os decia que el conde nuestro amo me mandaba venir á San Alberto, y que él probablemente no saldria de aqui por hoy?

Mauricio. Sí, amigo mio.... pero qué estabas mirando ahí?

Bruno. Quería ver á una joven muy bonita que acaban de traer con mucho sigilo.

Mauricio. (*Aparte sonriéndose.*) El conde será toda la vida el mismo! (*Alto.*) Pero es una indiscrecion achar de esa manera.

Bruno. Cuando mas será impaciencia, porque al fin la he de ver. Tengo encargo especial de mi señor para hechizarla con mis trovas.

Mauricio. Ten tú cuidado no te hechicen sus bellos ojos... si son bellos.

Bruno. No corre ese peligro quien ha visto el retrato de Maria... habladme de ella.

Mauricio. Tan viva conservas su memoria?

Bruno. Oh! si fuera mia!

Mauricio. Pudiera suceder...

Bruno. De veras! Loco me volveria de tanta felicidad.

Mauricio. Calla, y procura merecerla... Dónde está el señor conde?

Bruno. Ahí dentro con su nueva cautiva... Debe pertenecer á alguna familia noble y poderosa, porque se ha reforzado la guarnicion, se han cerrado todas las puertas, y las llaves estan en poder de nuestro amo.

Mauricio. Voy á recordarle la escritura que me tiene prometida, pues de lo contrario pudiera el mejor dia retirarme los bienes que me ha ido concediendo bajo su palabra, y que constituyen el patrimonio de Maria... (*Con intencion*) y de la persona que obtenga su mano.

Bruno. Si yo lograra esa dicha, qué me importaba lo demas!

Mauricio. Pero luego verías que los suspiros y halagos amorosos son un alimento de muy poca sustancia... En obteniendo esa escritura, fácil me será cambiarla con la señora condesa por algun feudo de los muchos que ha heredado en otras provincias, y de ese modo...

Bruno. Pero temo que vuestro amigo Melco os haya indispuerto en el ánimo del conde; ayer en el jardin le estaba reconviniendo por su generosidad en pagar vuestros servicios, que segun él, son de poco valor.

Mauricio. Sí, eh! Aqui viene... déjanos solos. (*Melco sale por la puerta del medio: vase Bruno por la misma.*)

ESCENA IV.

Dichos y MELCO

Melco. (*Con tono muy hueco.*) Hola! bastardo.

Mauricio. Hola! orgulloso primogénito de un ahorcado y una mala muger.

Melco. De dónde bueno tan encapotado?

Mauricio. De un país donde se corta la lengua á los pícaros, y donde ya veo que nunca has puesto los pies.

Melco. Eh! Muy orgulloso viene el confidente jubilado.

Mauricio. Muy vano está el bribon en activo servicio.

Melco. Bribonadas como las mias te han valido los bienes que posees; demasiados...

Mauricio. Para escitar tu envidia.

Melco. Envidia! una riqueza tan mal adquirida!

Mauricio. Y por qué medios piensas adquirirla tú?

Melco. (Cómicamente altanero.) Estaria gracioso que quisieras compararte conmigo...

Mauricio. (Con desprecio.) En efecto, no hay comparacion entre nosotros dos.

Melco. Un pícaro desgraciado...

Mauricio. Vale mas que un pícaro sin gracia.

Melco. Tu presuncion, bastardo, es altamente ridícula. Qué servicios has hecho al conde nuestro amo, que no hayan sido aventajados por los míos?

Mauricio. Ven acá, miserable; te voy á recordar mis servicios y los tuyos. Yo he marchado siempre con la frente descubierta por el camino del peligro, donde mi señor ha necesitado mi vida para salvar la suya, ó para acometer una arriesgada empresa. Si he robado los tesoros y mugeres que hemos repartido entre mi señor y yo, ha sido combatiendo con los enemigos de mi patria, ya en el campo con la fuerza de mi brazo, ya en sus mismas poblaciones y castillos con la astucia y el ingenio... Pero tú, sin patriotismo, sin energia, sin honra, qué has hecho nunca, ni qué has sido mas que un tuno pertinaz, eterno, y tizon de Satanás?

Melco. Tizones seremos los dos, si Dios obra con imparcialidad; pero, escuchame ahora... entre todas las mugeres que has arrancado á sus dueños, puedes contar una jóven pura, inocente, como un ángel que haya hecho el milagro de inspirar á nuestro amo una pasion profunda y violenta, pero tímida y sublime como la criatura celestial á quien se dirige? (Dando algunos pasos con aire triunfante.)

Mauricio. Y tú has encontrado ese prodigio?

Melco. Yo!

Mauricio. (Friamente.) Y esperas que la gratitud del conde...

Melco. Me conceda los bienes que sin merecerlos te habia prodigado.

Mauricio. Ah, necio! si supieras lo que entonces te daria yo para completar tu fortuna!

Melco. Para qué mas tarde?.. ahora mismo... (*Se amenaza.*)

ESCENA V.

Los precedentes, MARTA y FLAVY saliendo por la puerta de la izquierda.

Marta. Sin duda quiere estar sola para rezar sus oraciones de por la mañana.

Flavy. Mi mayor anhelo es complacerla.

Mauricio. (Aparte.) Rezar! ó finge ó la engañan.

Flavy. (A Mauricio y Melco.) Os encargo las mayores atenciones y el respeto mas profundo.

Melco. (Bajo á Mauricio.) Lo oyes? Respeto.

Flavy. (A Marta.) Ve á cortar las mejores flores del jardin, y adorna con ellas su cuarto.

Marta. (Aparte.) Voy á ver á mi señora. (*Vase por la puerta de enmedio.*)

ESCENA VI.

FLAVY. MAURICIO. MELCO.

Flavy. Se me figura que cuando llegué estábais riñendo.

Melco. Es cierto, señor; le referia al bastardo mi adhesion á la persona de mi amo.

Mauricio. Mucho ruido para nada.

Flavy. Como te ha reemplazado en el empleo de confidente, no será extraño que aspire á reemplazarte en todo lo demas.

Mauricio. (Sonriendo.) Asi parece.

Melco. Yo soy agradecido, y jamas imitaré la negligencia del bastardo.

Mauricio. (Aparte.) Qué resultará de aqui?

Melco. El señor conde ha tenido con él demasiada

bondad , y por eso descuida su obligacion. Este es el inconveniente de prodigar los beneficios.

Flavy. Tienes mucha razon.

Mauricio. (*Aparte.*) Cielos!

Flavy. (*A Melco.*) Bien se conoce que eres hombre de experiencia. Me aprovecharé de tus consejos.

Melco. (*Aparte.*) A las mil maravillas!

Flavy. Seré contigo mas cauto , y solo te premiaré en mi testamento... si muero antes que tú... y si deajo alguna cosa...

Melco. (*Aparte.*) He sido un animal!

Flavy. Asi no hay peligro de hacer ingratos.

Mauricio. Ingratos!

Melco. (*Con risa forzada.*) El señor conde tiene la bondad de chancearse con nosotros; pero bien conoce que no todos los hombres son iguales. (*Señalándose á sí y á Mauricio.*)

Flavy. (*Aparte.*) Necio! (*Alto.*) Ya lo veo. (*A Mauricio.*) Tu amigo se toma un interes enorme en todo lo tuyo...

Mauricio. Como no es gran cosa lo que se puede llamar suyo , no me es fácil pagarle en la misma moneda.

Melco. Eso depende de que el señor se decida á castigarte y hacerme rico.

Flavy. De qué modo?

Melco. Invalidando...

Flavy. Las donaciones que le he hecho para transferirtelas á tí.

Melco. (*Inclinándose.*) Si os pareciese digno...

Mauricio. (*Aparte.*) Este es el momento decisivo.

Flavy. (*Con severidad , colocándose entre Mauricio y Melco.*) Señor mio; veo que os habeis engañado, creyendo que mis chanzas y frecuentes arrebatos de cólera contra Mauricio , indicaban que le tenia en menos que á vos.

Melco. (*Aparte.*) Adios , mis esperanzas!

Flavy. Yo no gusto de necios ni de traidores , y tú eres un traidor en denigrar á un compañero que siempre me ha inclinado á hacerte bien.

Melco. (*Aparte.*) Lo que es necio , aunque no me lo diga...

Flavy. Y eres un necio en tomar por odio mi mal hu-

mor. El bastardo no me ha servido como tú por mezquinos intereses; valiente y generoso, es uno de aquellos hombres á quienes se puede pagar adelantado, sin temor de que roben el dinero.

Melco. Nunca habeis hecho conmigo esa prueba.

Mauricio. (*A Melco.*) Lo que quiere decir...

Flavy. Tú eres de aquellos á quienes se debe pagar dia por dia... Toma por hoy (*Le tira un bolsillo.*); y tú, toma para siempre.

Mauricio. Qué veo! la escritura! Oh, señor!..

Flavy. (*A Mauricio.*) Vete á esperarme á mi pabellon, que luego iré á sellarla con mis armas. (*A Melco.*) Ten presente, amigo mio, que quien carece de valor, necesita por lo menos ser hombre de talento. Dejadme solo.

Mauricio. (*Aparte.*) Ahora tengo que hablar á la condesa. (*A Melco.*) Vamos, échate á buscar talento.

Melco. Si no le tuviera, tampoco te le pediria á tí.

Mauricio. Harías mal, porque soy aficionado á dar limosna á los pobres. (*Vanse por la puerta del foro.*)

ESCENA VII.

FLAVY, mirando á la puerta de la izquierda.

Aun no sale... no me atrevo á importunarla... con el tiempo y la constancia... Aquí está segura... el castillo podria defenderse largo tiempo contra cualquier ejército... pero, quién la puede reclamar? no tiene mas familia que ese protector misterioso, cuya reserva indica su oscuridad y poco poder... ¿Que dirian mis nobles compañeros de armas, si me vieran entregado á una pasión propia de un doncel? (*Sonriéndose.*) Dirian que acabo por donde los demas empiezan: es verdad que he empezado por donde los demas acaban.

ESCENA VIII.

MARIA. FLAVY.

Maria. (*Por la puerta lateral izquierda.*) Señor conde!

Flavy. Ya estaba impaciente porque saliérais á buscar alguna distraccion, y ahora lo estoy por adivinaros un deseo, para tener el placer de apresurarme á satisfacerlo. Todos los que mirais á vuestro lado procuraran disipar al momento la mas leve sombra de pesar que oscurezca vuestra frente.

Maria. Oh! Vos me confundis: no merezco tanta bondad.

Flavy. Lo mereceis todo, Maria; porque Dios ha hecho por vos lo que por ninguna otra. Para vos agotó sus tesoros; en vuestros labios colocó la sonrisa de los ángeles; en vuestra voz el acento que penetra al corazon, y en vuestros ojos un hechizo que impone y embelesa.

Maria. (*Conmovida.*) Vuestras palabras me llegan al alma, porque demuestran el afecto con que sin duda mi protector os ha encargado me mireis. Os habrá dicho: cuidadla como yo, como si fuera vuestra hija.

Flavy. (*Aparte.*) Es preciso respetar su candidez. (*Alto.*) Si, Maria, quiero reemplazarle á vuestro lado; ya os he dicho que ha tenido que ausentarse; y ahora os añado que su ausencia acaso será larga, pero yo, que soy su mejor amigo, he quedado en su lugar, dispuesto como él á sacrificarme por complaceros.

Maria. (*Turbada.*) Decís que su ausencia será larga... Ah! de ese modo me haceis concebir una esperanza y un temor al mismo tiempo.

Flavy. Cuáles son? decid.

Maria. (*Mirando á Flavy con agitacion.*) Mi protector estaba indagando mi familia, y aun me habia preguntado si seria capaz de abandonarle luego que la descubriese. Ahora me encuentro en el castillo de un noble caballero que me guarda las mayores atenciones, y en cuyas miradas bondadosas he creído distinguir un excesivo interes... Oh! si fuera verdad; si perteneciérais vos á mi familia... seriais bien cruel en no decirmelo al instante! Con cuánto placer me arrojaría á vuestros pies!.. Hé aqui mi esperanza..

Flavy. Tranquilizaos, hermosa.

Maria. Pero hay un temor que la acibara. Acaso vos

teneis derechos que mi protector no puede alegar, y le habeis separado de mí, recelando que el cariño que le profeso impedirá que se le cobre á mi familia... En ese caso estais en un error; yo no puedo vivir lejos de él, asi como estoy seguro de que él no puede vivir lejos de mí... Os afirmo, señor, que aunque mi padre fuese un rey y mi madre una reina, no viviria feliz un solo instante, si me obligaran á separarme de su lado.

Flavy. (Aparte.) Con mucha dificultad le olvidará. *(Alto.)* Vuestra esperanza y vuestro temor carecen de fundamento. Yo no soy mas que un amigo íntimo de vuestro protector, quien durante el viage que ha tenido que emprender inmediatamente á varias provincias de Francia por asuntos de familia, no os contemplaba segura en el convento de Sta. Rosalía, si los ingleses verificasen la nueva incursion que se teme, y por lo mismo os encomendó á mi cuidado, encargándome que con reserva os custodiase en mi castillo.

Maria. (Enternecida.) Mi buen protector, cuánto se ocupa de mí! Y volveré á verle, no es verdad?

Flavy. Sin duda.

Maria. Oh! mucho lo deseo... gracias! gracias!

Flavy. Me estan esperando en mi pabellon; os dejo sola por un momento.

Maria. Sola?... no; pensaré en él.

Flavy. (Aparte al irse.) Habrá menester mucha constancia... mas, no importa; hallo tanta delicia en esta situacion, que seria feliz si durase eternamente. *(Vase por la puerta de en medio.)*

ESCENA IX.

MARIA sola.

Sí; pensar en él es casi lo mismo que estar á su lado... vivo le tengo en mi memoria, como si estuviera delante de mí: qué podria decirme, que no me haya repetido ya mil veces? qué puede inspirar el afecto de padre, que no lo adivine el corazon de la hija. Sí, sí; pensar en él, es casi lo mismo que estar á su lado.

ESCENA X.

MARIA. LA CONDESA. MARTA.

Maria se sienta á la izquierda; la Condesa y Marta salen y se detienen en la puerta de la derecha del foro; la Condesa colérica y zelosa se queda mirando á Maria.

Maria. (Sentada sin ver á la Condesa ni á Marta.) Volveré á verle, este caballero me lo ha prometido. (La Condesa adelanta un paso y escucha, Marta trata de calmarla.) Qué bueno es! le quiero mucho! (Emocion de la Condesa.) Con qué afecto me mira!.. Oh! debo tranquilizarme del todo!... soy feliz! (Empieza á dormirse.) Mis párpados se cierran á pesar mio... ya se vé, en toda la noche... (Se duerme y sueña.) Oh! le amo tanto! (La Condesa sin atreverse á mirar á Maria se adelanta con Marta poco á poco.)

Condesa. Oyes? le ama!

Marta. (Bajo.) Señora, os veo tan alterada, que me haceis temblar por esa jóven: considerad que es inocente.

Condesa. (Con amargura.) Y soy culpada yo!

Marta. Tranquilizaos, señora.

Condesa. Me has dicho que es hermosa!

Marta. Y pura como un ángel.

Condesa. (Da un paso mas, mira á Maria estremeciéndose y dice á Marta.) Oh! sí que es hermosa! yo tambien tiemblo por ella!

Marta. Señora, compasion!

Condesa. Vete, déjame.

Marta. Si el señor conde os halla aqui soy perdida.

Condesa. No tengas miedo.

Marta. Os habeis empeñado, no pude menos de obedecer; mas...

Condesa. Si el conde llega á verme le diré que he venido antes que vosotros; que tengo derecho.... déjame, déjame.

Marta. (Aparte.) Gran Dios! temo una desgracia.

ESCENA XI.

MARIA. LA CONDESA.

Condesa. (Mirando á María dormida.) Es la belleza un funesto don del cielo... Duermes, es feliz! y yo velo y padezco!... qué horribles ideas me trastornan la cabeza! odio y venganza!... No me creía capaz... Aquí, en el castillo de mis mayores, me está robando su amor y duerme y es feliz! (*Compasiva.*) Pobre niña! (*Irritándose al mirarla.*) Oh! quién sabe?... bajo este aspecto de inocencia y de candor tal vez oculta un corazón depravado... Pero no; habré oído mal, no es posible que ame á Flavý todavía... sin duda, mi turbación...

María. (Soñando.) Os querré toda mi vida!

Condesa. (Lanzando un grito.) Ah! no me había engañado!

María. (Despierta, se levanta y retrocede con terror)
Oh! señora! yo tiemblo!

Condesa. Os causo miedo?

María. Dios mío!

Condesa. (Aparte.) Probaré á dominarme. (*Alto, arreglando sus cabellos.*) No lo extraño, el desorden de mis cabellos, mi palidez... La verdad es que sufro mucho; pero no tengais cuidado. (*Hace por sonreirse.*)

María. No, no, ya no le tengo.

Condesa. Por casualidad he entrado en esta sala y no esperaba encontrar...

María. Sois acaso la dueña del castillo?

Condesa. Soy de la familia del conde, y me intereso mucho en todo lo que le pertenece.

María. Qué simpleza la mía de asustarme cuando os vi!... si viérais que agradecida estoy á ese caballero!... qué noble! qué bondadoso! no es verdad?

Condesa. Le conozco muy bien, os habrá manifestado?...

María. (En tono de confianza.) El mayor cariño... me habla siempre con una dulzura, con expresiones tan tiernas....

Condesa. (*Dominándose con trabajo.*) Que os habrán llegado al alma.

Maria. Es verdad.

Condesa. Y qué os ha dicho?

Maria. Tantas cosas!

Condesa. Decid, qué?

Maria. Que soy bonita.

Condesa. En eso no miente.

Maria. Que es para él una dicha reemplazar á mi bienhechor durante su ausencia, que tendrá conmigo las mayores consideraciones.

Condesa. Es muy generoso.

Maria. Y esto lo dice mirándome con una espresion...

Condesa. Que es lo mismo que añadir, yo os quiero.

Maria. Tambien me lo ha dicho.

Condesa. Y vos sin duda, agradecida á sus bondades...

Maria. Tengo el mayor placer en escucharle, y siento que mi corazon le paga sus finezas... Oh! seria muy ingrata si no le quisiera tambien.

Condesa. Basta! basta!... no ves el daño que me haces?

Maria. Santo Dios! No me mireis de esa manera!

Condesa. Infeliz! cómo te engañan! Quieres que te diga la verdad? Tu protector, tu amigo, el que segun dices, te ha encargado al conde no puede venir aqui, ya no volverás á verle!

Maria. (*Cada vez mas aterrada.*) Imposible, señora!

Condesa. Y ese noble y digno caballero, cuya voz es tan dulce y cuyas miradas llegan al corazon, sabes quién es... tu amante, tu raptor... Y yo... soy su muger... mira si con razon me quejaba del daño que me hacias.

Maria. Cómo! el conde de Monviel! — Oh! no puedo creerlo.

Condesa. (*Con amargura.*) Monviel!... eso te ha dicho? ha querido cubrir una infamia de Guillermo de Flavy con el nombre del caballero mas pundonoroso de toda la Francia.

Maria. Guillermo de Flavy!... Dios mio!... Dios mio!... que es lo que me pasa!

Condesa. Sí, grande es tu desdicha; pero la mia es aun mayor... Ah! los zelos! no sabes tú lo que es estar zelosa!... Y no puedo librarte del amor de ese hom-

bre... Huir del castillo es imposible , y solo hay un medio de salvacion! la muerte!

Maria. (Con las manos juntas y mirando al cielo.) Madre mia , valedme!... madre mia!

Condesa. Tu madre! qué hace tu imprudente madre que asi te deja abandonada á la deshonra!... no te ha dicho desde niña que debias preferir la muerte á la deshonra?

Maria. Pluguiera el cielo que la hubiese conocido!... Oh! señora, sed vos mi madre , salvadme! salvadme! (Se arroja en los brazos de la Condesa.)

Condesa. Sí, yo lo seré. (Con voz sombría.) Una madre consiente primero en la muerte de su hija , que en verla deshonrada.

Maria. Oh! protegedme, señora... Un dia llegará que mi madre en el cielo os bendiga por el bien que me hayais hecho!

Condesa. (Mirándola.) Llévate á morir! (Rechazándola.) No, no puedo!

Maria. (Retrocediendo aterrada.) Estabais pensando en eso.

Condesa. La muerte para las dos!

Maria. Oh! qué idea tan horrible.... Oh! todos me abandonan!... Dónde está mi protector? el ángel de mi infancia?... no habrá quien me socorra?

Condesa. (Reflexionando.) No, nada, nada. (A *Maria.*) La muerte es el único recurso que tenemos. Pobre niña! te decides á morir?

Maria. Morir!

Condesa. O llorar toda la vida , víctima de ese infame. No te alucinen sus palabras , su aparente bondad: muy pronto escucharás otro language , y si le respondes con ira ó con desprecio , le verás emplear las amenazas , la violencia... entonces sí , porque hay en tu pecho nobleza y pundonor ; entonces si te pesará de haber vivido.

Maria. No, no ; es imposible que sea tan cruel... mis súplicas , mis lágrimas...

Condesa. Súplicas al conde! Mi voz se ha vuelto ronca á fuerza de suplicarle... Lágrimas! mis ojos se han secado á fuerza de derramarlas... Ese hombre no tiene compasion.... Mira ; yo tambien era jóven y her-

mosa. (*Señalando su rostro.*) Mira, mira lo que ese hombre ha conseguido.

Maria. (*Enternecida.*) Sí, es verdad, se conoce que sois muy desgraciada... mucho habeis sufrido, porque el semblante, las facciones... Dios mio! qué idea!... (*Gritando.*) Si estará loca esta muger!

Condesa. (*Llorando.*) No, loca no! desesperada sí, desesperada.

Maria. Perdon! señora, perdon!... el terror me trastorna los sentidos!

Condesa. Vamos, es preciso acabar de una vez... Ven, ven conmigo, que unidas vuelen al cielo nuestras almas; casta y pura la tuya como los ángeles sin mancha; purificada la mia por el dolor... Ven, no temas, á presentarte delante de Dios, ven! (*La condesa lleva á Maria hasta la puerta de la derecha del foro, alli se desase Maria y corre gritando al otro extremo del teatro.*)

Maria. No, morir no... no quiero morir todavia!

Condesa. (*Desde lejos con voz terrible y amenazadora.*) Eso es decir que le amas!

Maria. (*Aterrada.*) Piedad! piedad! Señora mia, del Amparo favoréceme! (*Cae de rodillas mirando al cielo.*)

Condesa. (*Dando un paso.*) Qué dices! repite esas palabras.

Maria. (*En la mayor consternacion.*) Misericordia, señora, no era á vos á quien llamaba.

Condesa. Quién eres? Dime tu nombre.

Maria. Señora!

Condesa. Tu nombre!

Maria. Maria.

Condesa. (*Inmovil con los ojos fijos y la mano en la frente.*) Si será verdad que me he vuelto loca! si estaré soñando!... Es cierto lo que acabo de escuchar? (*Gritando.*) Maria!... Es cierto que ha pronunciado tu boca ese nombre que está en mi corazón.

Maria. Misericordia!

Condesa. (*Corriendo á levantarla.*) Tu nombre, dime otra vez tu nombre!

Maria. Maria.

Condesa. (*Con voz anhelosa.*) Quién te ha enseñado esas palabras?

Maria. En Belmont.

Condesa. En Belmont! repítelo.

Maria. Sí, en Belmont.

Condesa. Pero á quién las oíste?

Maria. A mi nodriza, á una aldeana.

Condesa. Gracias, Dios mío, gracias, dejadme para siempre esta ilusión. (*A Maria.*) Y á quien implorabas de ese modo?

Maria. A una señora, á un serafín del cielo que nos venia á ver. (*La mira.*) Ah! estáis llorando!

Condesa. Dios mío! dónde estoy! qué es esto!... con tal que no vaya á morirme ahora!

Maria. No, no, morir no!... ya no quereis morir, verdad?

Condesa. (*Tomando entre sus manos la cabeza de Maria y examinándola.*) Maria!... Belmont... sí, sí, hija mia!... perdóname, hija mia.

Maria. (*Deteniéndola.*) Hija vuestra?

Condesa. (*Abrazándola con furor.*) Oh! sí, tu madre, tu madre.... ya lo ves, que soy tu madre!...

Maria. Con que no me engañaban mis sueños... madre mia! si, yo siempre os he soñado tan noble, tan bella como sois.

Condesa. (*Sonriéndose con orgullo de madre.*) Oh! yo no te soñaba á tí tan bella, hija de mi vida! (*Salta Marta.*) Ven, Marta, corre, mira... es mi hija! mi Maria!... ya tengo á mi hija... Ven, Marta, mira, mira qué hermosa es!...

ESCENA XII.

MARIA. LA CONDESA. MARTA.

Marta. Cielos! hija vuestra!... Dios mío, ahora tiemblo mas que nunca.

Condesa. (*Estrechando á Maria en sus brazos.*) Tiembblas?... y por qué? Si tengo á mi hija, si Dios me ha vuelto á mi hija... Dios ha querido ahuyentar de mi lado la desgracia para siempre... Calla, calla, ya soy feliz, ya nada temo... Dios de bondad, gracias! gracias! (*Estrecha de nuevo á Maria.*) Oh! no, no, tú, no morirás... Imposible! ya nunca te perderé.

Marta. (*Bajo á la Condesa.*) Pero el conde, señora... no podeis olvidar...

Condesa. (*Abrazando á Maria con terror.*) Ah! es verdad... no me acordaba... y me creia feliz!... (*Angustiada.*) Maria! hija mia!... vete á rezar... déjame sola...

Maria. Dejaros!... ved, madre mia, que si me aparto de vos, tendré miedo!

Condesa. Un instante... déjame!

Maria. ¿Cómo quereis que os abandone en esa situacion? Cuando os veo tan agitada!

Condesa. (*Devorándola con los ojos.*) Y te parece que ha de calmarme tu presencia?... Si estás á mi lado, hija mia, donde mis ojos te vean, donde te puedan alcanzar mis labios, qué podré hacer mas que mirarte y oprimirte en mis brazos y olvidar el peligro de las dos?... al verte, se ofusean mis sentidos, me vuelvo loca... y nunca en mi vida he necesitado mas que ahora de toda mi razon.

Maria. Os obedezco, madre mia; voy á rezar.

Condesa. (*A media voz, pero con acento animado.*) Tu madre! sí, tu madre soy... pero no lo digas alto, que nadie lo oiga.

Maria. Por qué?

Condesa. Si lo llegasen á saber te dejarian sin apoyo en el mundo... hay un hombre que me mataria si supiera que soy tu madre.

Maria. (*Con viveza.*) Oh! callaré, os lo juro!

Condesa. (*Bajo, como todo lo anterior, y abrazándola.*) Pero soy tu madre, lo oyes?... y tú eres mi hija, la hija de mis entrañas! (*Vase Maria por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA XIII.

LA CONDESA. MARTA.

Condesa. (*Desesperada.*) Qué hacemos? Marta, qué hacemos?... Ya no se trata de mí sola, de mis sospechas y mis zelos, de mis penas infundadas... Ahora soy madre... he vuelto á ver á mi hija, y necesito libertarla del sacrílego amor de mi marido.

Marta. Dios de bondad!

Condesa. Qué dices? habla... no sabes algun recurso... no te se alcanza algun medio?...

Marta. Todas las puertas del castillo estan cerradas y el conde tiene todas las llaves en su poder. Teme sin duda que venga á atacarle vuestro tio el de Armenis, y quiere estar seguro de una traicion ó una sorpresa: es imposible huir sin que nos vea.

Condesa. Imposible!... pues no hay otro recurso!... cualquier auxilio de fuera le irritaria mas y llegaria demasiado tarde... Ahora veo, mi Dios, que blasfemaba de tí cuando me quejaba de mi suerte, nunca hasta hoy he padecido!... Yo quisiera tranquilizarme, discurrir... ay de mí! no puedo, no puedo... mi frente se arde, mi corazon se despedaza... Dios mio, por qué delito me castigas asi? compadéceme, soy inocente... inspírame, qué debo hacer? (*Pausa, hace esfuerzos para sosegar-se.*) *Marta* dime, entre esos soldados, entre esa gente perversa que rodea al conde, no conoces alguno que por dinero, por mucho dinero, pudiera decidirse á salvar á mi hija?

Marta. Ay señora! todos tiemblán su ira y le estan adheridos por las dádivas que les prodiga... y luego una empresa tan arriesgada, tan difícil...

Condesa. Qué importa? es necesario probar... Quién es dime, entre todos los escuderos de la casa el que hasta ahora ~~me~~ ha faltado mas?

Marta. No cabe duda, Mauricio.

Condesa. Es un hombre codicioso, verdad?

Marta. Atesora y no gasta.

Condesa. Aqui debe estar, corre, dile que venga á verme.

Marta. Ahí le teneis. (*Mauricio se presenta en la puerta de enmedio.*)

Condesa. Pues vete con mi hija y procura consolarla. (*Vase Marta por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA XIV.

LA CONDESA. MAURICIO.

Mauricio. (*Descubriéndose con respeto.*) Si la señora

Condesa tuviera la bondad de concederme un momento de audiencia, la pediria un favor.

Condesa. Quisiera que fuese un favor de mucha importancia.

Mauricio. (*Enseñándola la escritura del conde.*) El señor conde ha tenido á bien hacerme, en recompensa de mis escasos méritos, donacion escrita de algunas tierras que os han pertenecido, como las demas que le cedisteis en varias ocasiones... Se hallan esparcidas en vuestros dominios y quisiera trocarlas por el feudo que os parezca, en el rincón mas olvidado de la Francia.

Condesa. Elegid entre los míos el que mas os convenga... yo tambien tengo que pedir os un servicio inapreciable.

Mauricio. (*Inclinándose.*) Mandad.

Condesa. Un servicio que puede reparar todo el daño que me habeis causado.

Mauricio. (*Con viveza.*) Oh! lo deseo con todo mi corazón.

Condesa. El conde tiene aqui una jóven...

Mauricio. Lo sé, Bruno me lo ha dicho.

Condesa. No podeis figuraros lo que me intereso en su suerte... Quereis ayudarme á librarla del poder de mi esposo.

Mauricio. Señora...

Condesa. Oh!... decidme que sí.

Mauricio. Perdonadme, no puedo... no puedo aunque quisiera.

Condesa. Oidme, no me dejeis desesperada; me importa mas que la vida.

Mauricio. Creed, señora, que la necesidad en que me hallo de no obedeceros, me traspasa de dolor. Pero todo cuanto soy, lo debo al conde mi amo, y no me corresponde ser juez de su conducta... Pudiera aconsejarle, advertirle de su daño, pero oponerme á su voluntad en secreto, nunca; seria la mayor ingratitude. Cuando merced á su generoso corazón acabo de asegurar mi fortuna y, sabedlo, señora, la de una jóven que depende de mí, y cuya felicidad ha sido de algunos años á esta parte el único objeto de todos mis sacrificios.

Condesa. Pues si tal es vuestro anhelo, yo doblaré cien veces las riquezas que destinais á esa jóven. Esta misma fortaleza, todos mis señorios donde se comprenden rios y ciudades, mis tierras, mis bosques, mis tesoros, todo es vuestro si alcanzo de vos la salvacion de esa pobre niña.

Mauricio. (Turbado.) Dispensadme; me ha encargado mi señor una comision importante para el conde de Dunois, cuyo ejército va á atravesar esta provincia... es preciso que la desempeñe inmediatamente. *(Se dispone á retirarse.)*

Condesa. No, esperad, respondedme, tengo confianza en vos... sí, sí, ya lo he dicho, todo lo que poseo.— Salvad á una jóven inocente, salyadla... os lo pido de rodillas, vais á concederme esta gracia, en nombre de la que tanto amais!

Mauricio. Permitidme... tengo que cumplir las órdenes del conde.

Condesa. (Fuera de sí.) Oh! pero si os deajo ir, si me negais vuestro apoyo, esa jóven es perdida!

Mauricio. (Con tristeza.) Dejadme por Dios! *(Movimiento para irse.)*

Condesa. (Haciéndole volver.) Oh! si la vieseis, vuestro corazon se ablandaria, porque es imposible que no sienta... sí, la vereis...

Mauricio. (Huyendo hácia el foro.) No puedo resistir mas.

Condesa. (Llamando.) Maria, Maria, ven á arrojarte á los pies de este hombre.

Mauricio. (Volviéndose.) Maria!

ESCENA XV.

MARTA, LA CONDESA, MARIA, MAURICIO.

Mauricio. (Viendo á Maria.) Cielos! *(Se queda estupefacto.)*

Maria. (Precipitándose en sus brazos.) Él es!

Condesa. (Asombrada.) Quién!

Maria. (Señalando á Mauricio con entusiasmo.) Él! mi protector, mi padre. Oh! ya esperaba yo que vendria á mi socorro.

Condesa. (Loca de alegría.) Era tu protector?

Maria. Doce años me ha cuidado como hija.

Condesa. Bien! bien! hija de mi vida!

Mauricio. Hija suya?

Condesa. (Tomando la mano de Mauricio.) Todo os lo diré, bien os lo puedo decir... es hija mia, sí, yo soy su madre... Oh! ahora ya no temo nada, entre los dos la salvaremos.

Mauricio. (Mirando á Maria.) Estoy soñando? Tú aqui Maria?

Condesa. (Rápidamente.) Sí, Maria, mi hija: la han robado esta noche del asilo donde la teniais.

Mauricio. Qué inesperado contratiempo! *(Reflexiona, y luego á la Condesa.)* Señora, que vuestro esposo no sepa que soy el protector de Maria. *(A Maria.)* Ten cuidado, hija mia, no te se escape una palabra... *(A la Condesa.)* Vos estareis siempre á su lado, discurred, imaginad... Voy á partir, pero antes de dos horas volveré, y entonces...

Marta. (Que estaba al foro acechando.) El conde!

Mauricio. Es preciso separarnos, no conciba algun recelo.

Condesa. Y la salvaréis?... Oh! sí... la quereis mucho?

Mauricio. (Señalando á Maria con cariño.) Preguntad-selo á ella! *(Vase Mauricio, Maria se arroja en los brazos de su madre.)*



ACTO CUARTO.

Salon gótico: en el foro una gran puerta con reja de hierro, por entre cuyas barras se ve una torre con su puer-
tecilla y un águila esculpida encima, y el lienzo de muralla
que limita el vestibulo. Al levantarse el telon estan cerradas
las dos hojas de la puerta; pero quedan abiertas desde la
salida de Flavy. Dos puertas laterales. A la derecha una
mesa con recado de escribir: á la izquierda un sillón.

ESCENA PRIMERA.

MARTA sola, saliendo por el foro.

¡Este Mauricio, que prometió volver dentro de dos
horas, y hace ya diez que nos tiene acongojadas es-
perándole!

ESCENA II.

MARTA. MARIA.

Maria. (Sale por la puerta de la derecha.) Marta, sa-
cadme de esta cruel incertidumbre. ¿No ha vuelto
aun?

Marta. No, señora.

Maria. Y mi madre? Dónde está mi madre?

Marta. Por Dios, un poco más bajo... la señora con-
desa está esperando ocasion de hablar á su marido;
para suplicarle que os vuelva á poner en el conuen-
to. Como se halla ahora tan ocupado recibiendo á
los caballeros que estan bajo sus órdenes, y que se
reunen para ir á buscar á los ingleses...

Maria. Y os parece que mi madre conseguirá?...

Marta. Lo veo muy difícil.

Maria. Desgraciada! cuánto padecerá por causa mia!..

yo tambien quiero hablar al conde... tendré valor para decirle...

Marta. Qué le direis?..

Maria. Le pediré... aqui viene.

ESCENA III.

MARTA. ~~FLAVY.~~ MARIA.

Flavy. (Por el foro, á un escudero que le acompaña.) Que sigan reuniéndose los caballeros en la armería, y cuando haya número suficiente para que empiece el consejo, avisadme. (*Aparte.*) La condesa ha dado en perseguirme! (*Vase el escudero, Flavy dulcifica su aspecto al ver á Maria.*) Ah! Maria! (*A Marta.*) Puedes retirarte. (*Vase Marta por la puerta de la derecha.*) Hermosa Maria, qué me decís de la vida que pasais en mi castillo?

Maria. A la verdad, es tan triste, tan misterioso todo lo que veo!

Flavy. Pues muy pronto mudaréis de habitacion; eso venia á deciros. Hoy mismo...

Maria. Hoy mismo!

Flavy. Muchas guarniciones inglesas, arrojadas de los puntos que ocupaban y unidas con los restos de su ejército, han penetrado en esta provincia; el conde de Dunois los persigue, y probablemente se dará en estas inmediaciones la batalla decisiva. No dudo que el éxito nos será favorable; pero entretanto he dispuesto que vayais á un delicioso retiro donde estaréis segura.

Maria. Oh! Lo único que os pido postrada á vuestros pies, mi único anhelo es, señor, que me dejeis volver á mi convento... Oh! concedédmelo: es verdad que no me lo negais?

Flavy. Esta mañana confiábais enteramente en mi cariño.

Maria. Entonces sí... ahora, no sé por qué, le tengo miedo.

Flavy. Miedo teneis á mi cariño: qué tendríais á mi odio?

Maria. Perdonadme, si no sé disimular. Menos temor

tendria si me odiáseis; porque el odio os alejaria de mí, y el cariño os hace detenerme á vuestro lado.

Flavy. Ya veo que estais muy prevenida en contra mia por una muger celosa, que interpreta á su manera la amistad que debo profesaros.

Maria. Pues si tan puros son y generosos los sentimientos que os inspiro, en qué consiste que observando á las personas que me rodean, he visto en unas la sonrisa del desprecio, y en otras una espresion de lástima que me hiela de terror?

Flavy. Desechad todo recelo, hermosa Maria; con el tiempo me hareis justicia.

Maria. Os repito, señor conde, que el único medio que teneis para conservar mi amistad y mi respeto, es mandar que ahora mismo me vuelvan á Santa Rosalía.

Flavy. Imposible; tal vez en este momento se halla en poder de los ingleses.

Maria. (*Con energia.*) Pues bien; ya nada tengo que deciros... suplico al cielo que os mantenga en vuestras ideas, si son nobles y generosas como deben serlo; y que os aparte de ellas, si por el contrario son indignas de vos y de mí; porque os advierto, señor conde, que sabré pagar la amistad con amistad, el amor de padre con el amor de hija; pero, aunque débil muger, tengo fuerza suficiente para responder á la infamia y la perfidia, con el odio y el desprecio. (*Vase por la derecha.*)

ESCENA IV.

FLAVY solo.

Dignidad! firmeza de carácter!.. Está de veras enojada.... No se parece á esas mugeres que aparentan enojo cuando tienen amor, y luego aparentan amor cuando ya no le tienen. (*Con enfado.*) No hay duda, la condesa la ha visto y la ha hecho desconfiar. (*Llamando.*) Marta!

ESCENA V.

FLAVY. MARTA. UN ESCUDERO.

Escudero. (Al foro.) Señor, el consejo está ya reunido.

Flavy. Voy al instante.

Marta. (Al salir.) Señor conde?

Flavy. (Con severidad.) No habeis cumplido mis órdenes; la condesa ha visto á Maria.

Marta. Yo, señor...

Flavy. No os separeis de ella hasta que se ponga en camino.

Marta. (Agitada.) La llevais...?

Flavy. Muy lejos; que se disponga para dentro de dos horas.

Marta. Iré yo tambien, señor?

Flavy. (Mirándola con desconfianza.) Veremos. (*Vase por el foro.*)

ESCENA VI.

MARTA sola.

Veremos!.. desconfia de mí!.. Pobre Maria! si faltamos á un tiempo de su lado todos los que podemos socorrerla...

ESCENA VII.

MARTA. BRUNO saliendo por el foro.

Marta. Bruno! qué hay?

Bruno. Pensé que el conde estuviera aqui... tenia que darle una noticia bien triste.

Marta. Cuál? Decid.

Bruno. Mauricio ha tomado parte en una refriega con los ingleses, y dicen que ha sido muerto.

Marta. Cielos!.. cuando lo sepa mi señora!.. qué esperanza nos queda ya? (*Vase por la puerta de la derecha.*)

ESCENA VIII.

BRUNO *solo.*

Muerto!.. Ah! si me hubiera permitido acompañarle!.. con qué placer hubiera presentado mi pecho á los golpes que fueran destinados al suyo... El necesitaba vivir para salvar á esa jóven... Ah! corro á ofrecerla mi sangre, si es útil para algo. (*Se dirige al foro.*)

ESCENA IX.

BRUNO. MAURICIO *por el foro.*

Bruno. Ah! sois vos, amigo mio? sois vos?.. me voy á morir de alegría!

Mauricio. (*Acariciándole.*) Pobre muchacho! sabes que es muy tonta la alegría que hace morir?

Bruno. Con que sois vos?

Mauricio. (*Sonriendo.*) Yo mismo... de cuándo acá lo dudas?

Bruno. Han hecho correr la voz de que os habian muerto.

Mauricio. (*Enseñándole el pecho.*) Es verdad que de buena me he librado.

Bruno. Estais herido!

Mauricio. Por un capitan ingles. Dios le recompense cual haya merecido.

Bruno. Dios?

Mauricio. Se le he enviado.

Bruno. Vaya en buen hora.

Mauricio. Hablemos de otra cosa: Maria...

Bruno. Desde que os fuisteis, Marta no se ha separado de ella.

Mauricio. Bien; no perdamos tiempo... El conde me dijo que aqui nos veríamos cuando volviese; vete á avisarle que ya le espero, y que tengo que hablarle reservadamente de parte del conde de Dunois.

Bruno. (*Al irse por el foro.*) Voy corriendo... oh! ya está en salvo Maria!

ESCENA X.

MAURICIO *solo.*

En salvo!.. así lo espero... si no hubiera sido por ella; Dios sabe cuando hubiera vuelto; me habia hecho entrar en calor esta heridilla... Mañana tenemos un dia grande; reforzamos al conde Dunois, y no puede escapar un ingles... Lo que ahora conviene es poner en seguridad á Maria y á su madre... quisiera dejarlo todo arreglado esta noche, para asistir mañana al reparto de lanzadas y mandobles... Hoy para mi hija, mañana para la Francia que es mi madre; la única madre que he conocido, y que á fuer de buen hijo, adoro con todo mi corazon

ESCENA XI.

MAURICIO. FLAVY.

Flavy. (Saliendo precipitado.) Ya era tiempo que llegases... Por vida, Mauricio, que te haces esperar...

Mauricio. No ha consistido en mí.

Flavy. La muerte solo puede justificar esa tardanza en un hombre tan exacto como tú.

Mauricio. No lleveis á mal, señor conde, que prefiera ser reprendido vivo, á estar justificado muerto.

Flavy. (Impaciente.) Pues! tú prefieres... (*Dándole la mano.*) yo tambien; pero cómo has tardado tanto?

Mauricio. Cuando llegué al campamento del conde de Dunois, se estaba atrincherando enfrente del enemigo... Le di vuestra carta, que leyó con muestras de gran satisfaccion, y me dijo que aceptaba vuestra oferta.

Flavy. Se ha presentado un verdadero peligro, que merece la incomodidad de ir á buscarle, y era preciso tomar las armas.

Mauricio. Eso es mostrarse digno del nombre que tenéis.

Flavy. Pero desempeñado tu encargo, en qué te detuviste?

Mauricio. Reforzados los ingleses, con la guarnicion que ha tenido que abandonar á Burdeos, y queriendo impedir la fortificacion del campamento, le atacaron por tres puntos á la vez. Trabóse el combate tan reñido, que duró mas de seis horas, y ved lo que he ganado. (*Enseñándole el pecho.*)

Flavy. En efecto; ya veo una razon.

Mauricio. (*Sonriéndose.*) Y no mala... Los ingleses han perdido mucha gente; y asi debia suceder, porque al principio eran cuatro veces mas que nosotros, y en aquel juego de azar, perdió cada uno á proporcion de lo que tenia.

Flavy. Bien! bien!

Mauricio. En cuanto se retiraron los enemigos, empezó el noble conde á disponer lo necesario para el lance decisivo de mañana, señalando varios puestos á los caballeros de la provincia que le han ofrecido servicios extraordinarios; á vos os confia el mas peligroso, el vado de Marion, á una milla de aqui.

Flavy. (*Entusiasmado.*) El conde Dunois es todo un amigo!

Mauricio. El rey ha mandado á decir al conde que deseaba que los ingleses no pasasen el rio: el conde ha respondido, bajo palabra de honor, que si por dicha entraban en el agua, no volverian á salir.

Flavy. Y yo juro por mi parte que no habrá un solo caballo ingles en la estension que queda á mi cargo, que llegue á hundir siquiera sus cascos en el rio.

Mauricio. (*Aparte.*) Hagamos que recaiga la conversacion en Maria... Aqui de todo mi ingenio!

Flavy. Ya quisiera que hubiese llegado mañana. Ten cuidado de preparar mi armadura negra de Compiègne, que es la mejor de la armeria.

Mauricio. (*Con finura y doblez en todo el resto de la escena.*) El dios de la guerra no tiene tan buen talle como vos con ese trage de acero, que no menos ha contribuido á ganaros corazones que batallas... No dudo que produzca su efecto en la bella Maria (*Con descuido*): dicen que es un prodigio de hermosura.

Flavy. (*Con hipócrita sonrisa.*) Me es del todo indiferente; ni tengo, ni trato de tener con ella mas relaciones que las de un amigo verdadero.

Mauricio. Qué mejor amigo que un amante?

Flavy. Como que esta misma tarde voy á enviarla á su familia, de donde la habia arrancado un clérigo pariente suyo para encerrarla en un convento.

Mauricio. Y en lo sucesivo tendreis la gran satisfaccion de ir con frecuencia á visitarla y á recibir las bendiciones de sus padres.

Flavy. Es tan dulce el afecto de una persona agradecida!

Mauricio. Y nadie mejor que vos ha tenido ocasion de disfrutar el agradecimiento de los padres, y sobre todo de los maridos.

Flavy. (Riendo.) Ah! ah! ah!

Mauricio. (Aparte.) Riámonos sin gana. (Se rie.) Sabéis que en el campo del conde Dunois he visto un plano de la provincia, donde estaban señalados todos los puntos ocupados por los ingleses? Si no tuviérais inconveniente en decirme hácia qué parte habitan los padres de esa niña, yo os informaria de los riesgos que se pueden temer y de la escolta que necesitais.

Flavy. (Sonriéndose.) Su familia vive cerca de mi hacienda de Nully.

Mauricio. Siento deciros que los ingleses dominan todo ese pais.

Flavy. Malditos!

Mauricio. Amen. Pero si el objeto es poner en seguridad á esa niña, mientras pasa el nublado de mañana, ahí teneis un castillo que vuestra munificencia me ha otorgado, y que por su fortaleza y buena situacion ofrece todas las ventajas que podeis apetecer.

Flavy. Torre-Nueva? en efecto, es...

Mauricio. Un asilo cómodo y seguro.

Flavy. Acepto.

Mauricio. (Aparte con satisfaccion.) Ah!

Flavy. Voy á mandar á Thierry y á Dugal que se dispongan para ir acompañando á Maria.

Mauricio. (Aparte.) Dos infames! (Alto.) Os atreveis á confiarla á ese par de tunos, que serian capaces de venderla en el camino si hallaran quien se la comprase?

Flavy. Tienes sospecha...?

Mauricio. Tengo evidencia.

Flavy. Elegiré otros dos.

Mauricio. Si me diérais permiso para indicaros?...

Flavy. A quién?

Mauricio. Dos hombres de toda confianza, incorruptibles.

Flavy. (*Admirado.*) Dos hombres así en mi casa!

Mauricio. Dos y nada más.

Flavy. Cuales son.

Mauricio. Uno de ellos, mi amigo Bruno. (*En tono de reconvención.*) El otro hace mucho tiempo que debéis conocerle vos.

Flavy. Con qué no quieres asistir al combate de mañana? Será la primera vez que en lancees semejantes falte Mauricio al lado de su señor.

Mauricio. Hay tiempo para todo: esta tarde y esta noche en el camino de Torre-nueva, y mañana antes que se rompa la primera lanza, en el campo de batalla. Cómo era posible que yo renunciase á la esperanza de recibir un golpe en vez de mi señor?

Flavy. (*Dándole la mano*) Lo sé muy bien!

Mauricio. Aprobais mi dictámen.

Flavy. Le apruebo.

Mauricio. (*Aparte.*) Ya es mio!

Flavy. Ponte en camino dentro de una hora.

Mauricio. Dentro de media.

Flavy. Con sigilo!

Mauricio. Se sápone!

Flavy. Vete á preparar lo necesario para tu viage y si de paso encuentras algunos caballeros de los que van á reunirse al conde Dunois, encárgales que le repitan de viva voz que no faltaré en mi puesto. No quisiera que se le fuese á conceder á ningun otro.

Mauricio. No tengais miedo, no hará tal.

Flavy. (*Hace que se vá.*) Sobre todo las mayores precauciones para que ninguno acierte el asilo donde llevas á mi jóven protegida.

Mauricio. Oh! buen cuidado tendré yo.

Flavy. Advierte que la amo.

Mauricio. (*Riendo.*) A pesar de que habiais renunciado para siempre al amor.

Flavy. Este amor es sublime, puro, el último de mi vida.

Mauricio. (Aparte.) No será un final de grande lucimiento.

Flavy. Por el camino mucha cortesanía y respeto.

Mauricio. Os juro que no tendrá queja de mí. (*Vase por el foro.*)

ESCENA XII.

FLAVY solo.

Mañana se cogerán nuevos laureles, últimos acaso, pero mas bellos que todos los demas. Porque si ganamos la batalla, mañana será el último dia de la guerra... y la ganaremos y los ingleses serán espulsados de la Francia. Oh! si logro presentarme á Maria cubierto de gloria, quizá pagará mi amor... Voy á despedirme de ella. (*Se dirige á la puerta de la derecha.*)

ESCENA XIII.

~~FLAVY. LA CONDESA~~ *por el foro, viniendo del lado opuesto á donde se dirigió Mauricio.)*

Condesa. (Aparte.) Mauricio ha muerto! Dios mio! dadme valor.

Flavy. Señora, cómo os habeis determinado á venir al castillo de S. Alberto?

Condesa. Tenia que hablaros, no por mí...

Flavy. Por quién?

Condesa. Por... Maria, por esa jóven.

Flavy. Ya sé que la habeis hablado contraviniendo á mis órdenes. Estais empeñada en no creer que soy su protector, y exige mi delicadeza que os ahorre el disgusto de estar á su lado.

Condesa. (Con vivacidad.) Pero luego lo he pensado mejor, y he conocido que en efecto debe ser lo que decís; la he visto, me ha interesado mucho y en prueba de que soy ingenua, reclamo mi parte en la noble proteccion que la dispensais. Vuestra mano rechazará con la fuerza cualquier peligro que la pu-

diera amenazar, la mia suavizará con halagos los infortunios de su vida. Vos su caballero, yo su amiga, su madre; esto es muy natural, muy justo, y es todo lo que tenia que pedir.

Flavy. Quereis darme la mayor, la única prueba de confianza?

*Condesa.*Cuál es? dí... la que tú quieras.

Flavy. No volvais á ocuparos de esa jóven.

Condesa. (Agitada.) Pero no ves que la tengo compasion y la he cobrado un afecto... de madre... y ella tambien me quiere; me ha pedido mi proteccion, mi amistad, y se la he prometido; Flavy, no la separes de mí.

Flavy. (Confuso.) Señora, no puede ser.

Condesa. Entonces dirán tus enemigos que quieres deshonrarla.

Flavy. Digan lo que quieran. Mengua seria que yo descendiese á acallar las hablillas de mis enemigos; pensarian que les tenia miedo y me llamarian cobarde.

Condesa. Con mas motivo te lo llamarán, si no accedéis á mi ruego.

Flavy. (Con fiereza.) Cómo! qué decís?

Condesa. (Animándose.) Se van á persuadir que ya no te atreves á asaltar los castillos defendidos por hombres valerosos, y que por eso te limitas cual tímido bandido, á robar una pobre niña abandonada en un convento. Eso dirán por todas partes y que Guillermo de Flavy es un cobarde.

Flavy. Señora, os atreveis?..

Condesa. (Animándose cada vez mas, y con ironia.) Oh! no seré yo quien lo diga! yo te conozco bien... He visto á esas mugeres de la primera categoria arrebatadas en medio de sus fortalezas, inundadas con la sangre de sus defensores; las he visto conducidas en triunfo por tu mano, para atormentarme despues con el atroz martirio de mis zelos sin lástima, ni piedad... Oh! no seré yo quien diga que eres un cobarde!

Flavy. Basta, señora!

Condesa. Oh! Flavy perdóname!... Te suplico de rodillas que me dejes vivir al lado de esa jóven.

Flavy. Aun cuando quisiera humillarme á dar satisfac-

ciones de mi conducta, hay en este momento una razon que me lo impide.

Condesa. Cuál es?

Flavy. Que voy ahora mismo á enviarla con sus padres.

Condesa. (*Aparte.*) Ahora mismo! (*Alto.*) Ah! la volveis á su familia?

Flavy. Sí señora, con que ya veis...

Condesa. En ese caso yo querria acompañarla.

Flavy. (*Confuso.*) Cómo! convaleciente aun de una larga enfermedad...

Condesa. Me da el corazon que ese viage me seria provechoso.

Flavy. Eso es falta de prudencia, yo la tendré por vos.

Condesa. Flavy, en nombre del cielo, concédeme este solo favor en toda mi vida; déjame ir con ella.

Flavy. Por última vez, no.

Condesa. (*Yendo á la puerta de la derecha.*) Pues bien, ahora os digo que yo defenderé esta puerta, y no permitiré que nadie pase en tanto que yo viva. (*Salte Mauricio al foro.*)

Flavy. (*A Mauricio.*) Ejecuta mis órdenes. (*Mauricio se dirige á la puerta de la derecha.*)

Condesa. (*Con el puñal en la mano, se vuelve, vé á Mauricio y deja caer el brazo. — Aparte.*) Mauricio! (*Alto á Flavy, pudiendo apenas resistir su emocion.*) Perdonadme, señor, no estoy en mí... he perdido el juicio.

Flavy. (*Por un impulso de compasion.*) Tranquilizaos, condesa, dad crédito á mis palabras y si ellas no bastan... Mauricio qué órdenes te he dado con respecto á esa jóven, en tanto que yo dispongo lo necesario para la batalla de mañana?

Mauricio. (*A la Condesa con intencion.*) Me ha mandado conducirla á ocho leguas de aqui.

Flavy. (*Echando á Mauricio una mirada de inteligencia.*) A poder de su familia. (*Se vuelve á otro lado.*)

Mauricio. (*A la condesa.*) Se la vuelvo á su madre.

Condesa. Olvidad, señor, un momento de delirio.

Flavy. Con una condición, que os vayais al castillo de Presle, donde estareis mas segura y mas tranquila que aqui.

Bruno. (*Al foro.*) Un heraldo del conde de Armenis

se ha presentado á la puerta del castillo.

Condesa. (*Aparte.*) De mi tío!

Flavy. (*Aparte.*) Alguna queja! (*Alto.*) Voy á recibirle. (*A Mauricio.*) Cuida del viage de la condesa, y luego que se ponga en camino, aguarda aqui mis órdenes antes de salir con mi protegida.

ESCENA XIV.

MAURICIO. LA CONDESA.

Condesa. Ah! ya tengo esperanza!..

Mauricio. Es negocio concluido; Bruno y yo somos los encargados de conducir á Maria: dentro de un cuarto de hora estamos en salvo.

Condesa. Loado sea el Señor.

Mauricio. Partid al momento sola con vuestra doncella y esperad á la salida del bosque; alli os alcanzaremos. Luego nos dirigimos al castillo del conde de Armenis, y con una escolta que nos dé, pasamos á Alemania.

Condesa. Donde querais, siendo al lado de mi hija.

Mauricio. Bien ha sido menester todo el cariño que la tengo, para hacerme renunciar á la batalla de mañana; pero si la guerra continúa, yo volveré de cuando en cuando á decir una palabrita á los ingleses. (*Hace que da sablazos.*) Es costumbre de quince años.

Condesa. Vuestro valor es conocido; vuestro buen corazon va á acreditarse ahora.

Mauricio. Conviene separarnos para evitar toda sospecha. Tengo que esperar aqui las últimas órdenes del conde, inútiles por cierto... mas con todo, como pudiera ocurrir alguna circunstancia que fuera conveniente advertiros; deteneos en vuestra habitacion, y hasta que os vea, no salgais.

Condesa. Sí, sí; voy á reparar un poco este desórden. (*Señalando sus cabellos y su vestido.*) Cualquiera diria que estoy loca, no es verdad? Pues no diria mal; estoy loca de alegría. (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA XV.

MAURICIO solo.

Pobre condesa! Por fin, Dios ha escuchado sus lamentos... Y mi señor? qué va á decir cuando sepa que le he robado á Maria?.. Pero cumplo con mi obligacion, y estoy satisfecho de mi mismo... quiero que una gota de mi vida redima con buenas acciones las culpas de la otra.... (*Sonriéndose.*) Bien necesito ser un esclavo hasta que me muera... Pero qué ruido es este... (*Oye confusamente un altercado.*) La voz de mi señor.

Flavy. (*Desde fuera, á la puerta de la derecha.*) No escucho mas! idos fuera! (*Se presenta seguido por algunos caballeros; detras viene el heraldo acompañado tambien por algunos escuderos de su señor.*) Idos, repito!

ESCENA XVI.

FLAVY. EL HERALDO. MAURICIO. *Acompañamiento.*

Heraldo. Señor conde...

Flavy. No me sigais.

Heraldo. No he concluido mi mensaje.

Flavy. Le doy por escuchado.

Heraldo. Aun cuando me costára la vida he de cumplir hasta el fin el encargo de mi señor.

Flavy. En verdad que sois bien temerario! Hablad.

Heraldo. Mi noble señor el conde de Armenis se queja tambien de que habeis robado esta noche con violencia y engaños una jóven del convento de Santa Rosalía que se halla bajo su proteccion; y por tanto, os intima que volvais dicha jóven al referido convento, ó que tengais entendido, tales son sus palabras que me ha mandado repetir á la letra, que vendrá aqui mañana en todo el dia, y os colgará del peseuezo en la torre mas alta del castillo.

Escuderos de Flavy. Insolente!

Mauricio. (*Aparte.*) Este hombre nos va á perder!

Flavy. (Conteniendo á sus compañeros.) A mí me toca responderle. (Al heraldo.) Supuesto que ahora representas á tu señor, yo Guillermo de Flavy te tiro el guante á la cara y te perdono la vida para que le lleves mi respuesta. Le dirás que mañana, antes de la batalla, le espero aquí en la torre del Aguila, que es la mas alta de mi castillo, y entonces veremos quién cuelga á quién. (*Vase el heraldo con sus caballeros; Flavy dice á los suyos.*) Vosotros id á preparar vuestras armas y soldados, y estad prontos para volar al combate de mañana.

ESCENA XVII.

FLAVY. MAURICIO.

Flavy. (Irritado.) Todo esto son intrigas de la condesa... dónde está?.. yo la prometo.

Mauricio. Ya debe haber partido: pero se va haciendo tarde; si os parece que avisemos á Maria...

Flavy. Ya no os marchais.

Mauricio. Habeis pensado otra cosa?

Flavy. No has oido á ese heraldo?

Mauricio. Y qué?

Flavy. El conde de Armenis puede llegar de un momento á otro; no tengo aquí bastante fuerza para darte una escolta.

Mauricio. Iré sin ella.

Flavy. No, no; seria fácil que te asaltaran en el camino. (Llamando.) Marta!

ESCENA XVIII.

~~MARTA~~ - ~~MARIA~~. FLAVY. MAURICIO.

Marta. Señor?

Flavy. Acompaña á Maria á la torre del Aguila; ya no sale de aquí. (*Va á abrir la puerta de la torre.*)

Mauricio. (Bajo á Maria.) Animo!

Maria. En sus manos está mi suerte; nada temo. (*Maria y Marta entran en la torre; Flavy cierra y guarda la llave.*)

Mauricio. (Aparte.) Qué situacion! es preciso impro-

visar un expediente ó resignarse á perecer.

Flavy. (Volviendo.) Ahora, voy á poner á prueba todo tu celo y actividad. Escucha: el tiempo urge; irás volando al castillo de Presle.

Mauricio. A Presle! (Aparte.) Voto al diablo!

Flavy. Llevarás una orden al capitán de mis balles-
teros para que venga á toda prisa. No querrá abandonar su puesto sin ver mi firma. Siéntate y escribe.

Mauricio. (Aparte) Qué apuro!

Flavy. Despacha: en qué piensas?

Mauricio. (Aparte.) Diera cuanto poseo por vislumbrar un recurso! (*Se pone á discurrir.*)

Flavy. Vamos!

Mauricio. (Respondiendo á su idea interior.) Sí, sí; esto es. (*Se sienta al extremo derecho de la mesa.*)

Flavy. (Sentado al otro extremo.) Qué es lo que dices?

Mauricio. (Volviendo en sí.) No me pedíais actividad? Yo os respondo: sí; esto es.

Flavy. (Dictando.) «Capitán: reunid al instante todos los ginetes y peones que podais, y venid con ellos y con vuestra compañía al castillo de San Alberto, donde os aguardo.» (*Mauricio traslada con rapidez lo que le dicta Flavy; y luego furtivamente, pero de un modo muy visible para el público, escribe en otro papel, siguiendo en esta alternativa hasta que concluye la carta.*)

Mauricio. (Repitiendo.) «Capitán...»

Flavy. Cómo! aun estás en capitán?

Mauricio. Vais tan de prisa... que no me acuerdo...

Flavy. (Con impaciencia.) «Reunid al instante toda la gente de armas...»

Mauricio. (Después de escribir en su papel.) Creo que antes habeis dicho «todos mis ginetes y peones. (*Rasga el otro papel.*) Esperad; mejor es empezar de nuevo... no se podría leer. Vamos un poco despacio. «Capitán: reunid al instante todos los ginetes y peones.» Con una compañía os sobraba, para castigar la insolencia de...

Flavy. Y el combate de mañana?

Mauricio. Es verdad: yo pensaba...

Flavy. En Satanás habias de pensar... nunca te he visto tan...

Mauricio. (*Escribiendo muy de prisa.*) Tan torpe, eh! eso es lo que sucede siempre cuando mas falta hace el ingenio.

Flavy. En fin, acabemos; dónde estás?

Mauricio. Que dónde estoy? (*Aparte.*) No lo sé.

Flavy. Hombre, te afanas como un poseído y no adelantas un paso; otro fuera que con la mitad de ese movimiento...

Mauricio. La mitad? (*Aparte.*) Si supiera que escribo por dos! (*Flavy se levanta á ver lo escrito: Mauricio oculta su papel detras del que presenta á su señor.*)

Flavy. (*Por encima del hombro de Mauricio.*) Y qué mal vá! Quien descifra esos garabatos á no ser un diablo?

Mauricio. El capitan lo es.

Flavy. Signe, sigue.

Mauricio. Si me estais mirando asi, voy á hacerlo peor todavia.

Flavy. No cabe peor.

Mauricio. Si no puedo continuar...

Flavy. (*Volviendo á sentarse.*) Vamos, hombre.

Mauricio. (*Volviendo á su alternativa.*) «Y peones que podais...» No os incomodeis, tengo en la memoria lo demas.

Flavy. (*Sentado.*) Verdad que esa niña es una hermosa criatura?

Mauricio. (*Desaprobando.*) Ta! ta!

Flavy. Una gracia, una candidez, y al mismo tiempo una viveza, un talento!

Mauricio. (*Aparte.*) Discípula mia. (*Alto.*) Favor que la haceis.

Flavy. Y el conde de Armenis se viene ahora... Dónde estás?

Mauricio. Oyéndoos, me distraigo y no sé lo que me hago.

Flavy. (*Enfadado.*) Repite.

Mauricio. (*Repitiendo maquinalmente un trozo de su papel furtivo.*) «Esto conviene si el señor conde apura demasiado.»

Flavy. Qué estás diciendo?

Mauricio. (*Aparte.*) Oh! (*Alto levantándose.*) Digo que esto conviene, si el señor conde apura demasiado,

levantarsè, sacudir los dedos, dar algunos pasos para estirar las cuerdas y sentarme otra vez á continuar mi trabajo. (*Se sienta.*)

Flavy. Vamos, ya veo que no estás en tí. (*Mauricio guarda su papel.*)

Mauricio. Acabè.

Flavy. Ya anochece, trae, pondré mi firma.

Mauricio. Tomad.

Flavy. Qué algarabía!

Mauricio. Con tanta prisa no puede salir bien. Si me hubierais dejado una hora...

Flavy. O sino un día.

Mauricio. Tanto mejor.

Flavy. Vete al instante.

Mauricio. Muy bien.

Flavy. Rebienta el caballo, si es preciso.

Mauricio. Por supuesto, si es preciso...

Flavy. Lo es.

Mauricio. Le rebentaré. (*Aparte.*) De eso trato. (*Alto.*)

Y la contraseña?... De noche no dejan entrar en ningún castillo vuestro sin...

Flavy. Tienes razón... (*Escribe.*) Toma.

Mauricio. Gracias.

Flavy. (*Hace que se vá y vuelve.*) Ah! si ves á Bruno recuérdale que le he mandado ir á mi pabellon.

Mauricio. (*Distraido.*) Está bien.

Flavy. (*Gritando.*) Lo oyes?

Mauricio. Perfectamente.

Flavy. Quiero que cante á Maria las últimas trobas que ha compuesto.

Mauricio. Donde os podré dar cuenta del éxito de mi encargo.

Flavy. En la torre del Aguila, cuya puerta solamente se abrirá para tí. Allí estaré con Maria.

ESCENA XIX.

MAURICIO. LA CONDESA. Luego BRUNO.

Mauricio. (*Solo.*) Con que habia adivinado su intención!... Oh! el que me engañe á mí!

Condesa. (*Por la izquierda.*) No he podido resistir á mi impaciencia, Cuándo salimos?

Mauricio. Señora, voy á causaros un amargo pesar.

Condesa. Cómo!

Mauricio. Ya no salimos; el conde me ha encargado... mirad. (*La enseña la carta dictada por Flavy.*)

Condesa. Os vais á Presle?

Mauricio. A donde voy es á ver á vuestro tío, á decirle que venga á toda prisa con sus gentes.

Condesa. Y no habeis tratado de convencer á mi esposo?

Mauricio. Vana fatiga! Cuando llega á querer una cosa es inflexible como el destino.

Condesa. (*Alarmada.*) Y quiere...

Mauricio. Serenidad, Condesa; en ella estriba la salvacion de todos nosotros, si posible es salvarnos.

Condesa. Oh! Dios mio! Dios mio!

Mauricio. Ah! si fuera otro; una puñalada en el corazon... pero es mi dueño, mi bienhechor!

Condesa. No el mio!

Mauricio. Os necesito para llevar á cabo mi proyecto.

Condesa. (*Resuelta.*) Acabad; qué puedo hacer?

Mauricio. (*Conduciéndola á la puerta del foro y señalando á la torre.*) Esta noche arrojarán desde aquella ventana ovalada que veis allá arriba, la llave de esta puerta que dá entrada á una escalerilla secreta por donde se sube á la torre del Aguila.

Condesa. Y luego?

Mauricio. Cogereis esa llave y me esperareis aqui... Yo vendré con el conde de Armenis; tengo la contraseña y nos franquearán la puerta de la muralla, creyendo que somos parte del refuerzo que se espera... De ese modo llegaremos hasta vos; pero si venimos demasiado tarde, libre teneis la entrada de la torre, velad por vuestra hija.

Condesa. Bien! bien!

Mauricio. Ya es de noche; no os separeis de esa puerta; es imposible que os sorprendan porque nadie transita por esta parte del castillo. (*Se oye una trompeta.*) El tóque de retreta!... Habeis comprendido bien?

Condesa. Oh! sí; id pronto!

Mauricio. (*Mirando á lo alto de la torre.*) Desde la barbacana al suelo, mas de cincuenta pies... es preciso pensar en todo.

Condesa. (Sollozando.) Pobre hija mia!

Bruno. (Corriendo por el vestíbulo de derecha á izquierda) La retreta! muy tarde voy.

Mauricio. Bruno?

Bruno. (Saliendo á la escena.) Qué mandais? (Saludando á la Condesa.) Señora...

Mauricio. Tengo que hablarte.

Bruno. No me puedo detener, el señor me ha mandado...

Mauricio. Ya lo sé. Dale á Maria este papel de mi parte sin que nadie lo vea.

Bruno. (Con prisa.) Descuidad.

Mauricio. En tí confío.

Bruno. Disponed de mi vida. (Vase por el foro.)

Mauricio. (Acercándose á la Condesa.) Animaos, señora; el corazon me dice que salvaremos á Maria. Si mil veces he llevado á cabo empresas mas arduas que me inspiraba Satanás, no es de creer que la suerte me abandone en esta que me inspira Dios.

Condesa. (Situándose al pie de la torre.) El os guie, Mauricio!

Mauricio. Suya es nuestra causa! (Vase por el foro, la Condesa se recuesta en la puerta de la torre con su puñal en la mano.)



ACTO QUINTO.

Sala gótica y polígona en la torre del Aguila. En el foro un arco ogivo que da paso al hueco de una escalerilla secreta: encima de este arco un águila con las alas abiertas y la divisa: *ardua tentat*. En el lado izquierdo en primer término una puertecilla secreta que se supone debe abrirse empujando un boton; en segundo término una puerta, en tercero una ventana. En el lado derecho una puerta en primer término, y en segundo de frente al espectador, una ventana poco elevada sobre el piso, que comunica con la barbacana y está cerrada con llave. Una lámpara colgada del techo. Toda la decoracion está cubierta de esculturas que representan aguilas, pasages mitológicos en que el aguila hace algun papel y escudos de armas.

ESCENA I.

MARIA sola y azorada saliendo por la derecha.

No puedo calmar mi inquietud... encerrada en esta torre solitaria... no sé por que tengo en mi corazón un amargo presentimiento que no puedo desechar... Mi protector, mi madre... ninguno viene en mi socorro, todos me dejan sola, yerta de miedo!... (*Asomándose á la ventana de la izquierda.*) Qué noche tan oscura!... Me parece que distingo allá abajo á la puerta de la torre la sombra de una persona, inmovil como una estatua. (*Retrocede llena de terror hasta el foro y mira al hueco de la escalera.*) Aquí la escalera por donde subimos, tenebrosa como una tumba... Esta ventana cerrada: (*Escucha*) afuera se oyen pisadas de un hombre que se pasea; debe caer á la muralla... Quizá de dia se divise desde aquí mi convento donde á estas horas dormirán tranquilas mis antiguas compañeras, (*Llorando*) en tanto que yo velo angustiada y llena de terror. (*Se oye ruido en la puerta de la izquierda, María se queda inmovil de susto.*)

ESCENA II.

BRUNO, MARIA.

Bruno. Soy yo: no tengais miedo.

María. (*Recobrándose.*) El amigo de mi protector!

Bruno. Este papel de parte suya. (*Dándola la carta de Mauricio.*)

María. Pero dónde está?

Bruno. Ha ido á buscar al conde de Armenis para que venga á libertaros.

María. (*Con satisfaccion.*) Ah!

Bruno. Pero leed al instante lo que os escribe... Me ha enviado mi señor á cantaros una troba amorosa.

María. Oh! no me abandoneis!

Bruno. El conde va á subir. En este momento acaba de hacer los preparativos para mañana y ha querido ver él mismo si estan bien cerradas todas las puertas y vigilante la guardia que custodia el puente levadizo para que no pase ningun caballero sin dar la contraseña... pero qué haceis? leed.

María. (*Leyendo.*) « Valor y sagacidad, hija mia: yo cuido de salvarte; pero somos perdidos si no tienes prudencia y ánimo. » (*Habla.*) Le tendré. (*Sigue leyendo.*) « Cuando estés sola medita bien lo que te voy á encargar. »

Bruno. (*Con rapidez.*) Alguien sube por esta escalera. (*María oculta el papel; sale Flavy por la izquierda, seguido de Melco, que trae un manajo de llaves y le pone sobre una mesa que habrá á la derecha.*)

ESCENA V.

BRUNO, MELCO, FLAVY, MARIA.

Flavy. Qué tal, Bruno? has cantado ya algun trozo de tu balada.

Bruno. (*Turbado.*) Si señor.

Flavy. A lo que parece no ha sido muy del gusto de María; su semblante no demuestra mucha satisfac-

cion. (*Hace una seña á Melco y á Bruno y estos se retiran por la puerta de la izquierda.*)

Maria. Estaba diciendo al señor que me permitiese cumplir con un deber que á estas horas de la noche me he impuesto desde niña.... iba á rezar.

Flavy. En el convento bien; pero aquí...

Maria. No puedo prescindir de esa costumbre; me retiro á mi estancia.

Flavy. Con una condicion, que volvereis luego á mi lado, al lado de vuestro amigo.

Maria. Pero...

Flavy. De lo contrario...

Maria. Volveré. (*Vase María por la derecha.*)

ESCENA IV.

FLAVY solo.

Noble y graciosa criatura!... en qué consiste que á su lado me falta mi antigua resolucion?... Los sentimientos que me agitan son nuevos para mí... será cierto que no se puede menos de sentir alguna vez este amor ideal, que aprecia tanto aquello que posee que temiendo perderlo, no se atreve á dar un paso mas?... Impetuoso y violento de joven no he conocido obstáculo ni freno, y desdichado el que oponia resistencia al logro de mis fines... Ahora subyugado como un niño, me pesaria en verdad que María se mostrase debil y muger como las otras... Yo sondearé su corazon y veré si los atractivos con que la pinto en mi alma son realmente suyos, ó producidos por la vana ilusion del sentimiento que me anima... A la muger vulgar el amor que desea; al angel de los cielos el culto que le es debido.

ESCENA V.

FLAVY, MARIA.

Flavy. (*Aparte.*) Que pálida está!

Maria. (*Aparte.*) Mucho confía Mauricio en mi serenidad!

Flavy. Os sentis mala?

María. (Disimulando.) Yo? no señor.

Flavy. Tal vez esa ventana... la frescura de la noche... (*Va á cerrarla.*)

María. (Con viveza.) Al contrario me hace provecho.

Flavy. A lo menos cerraré esta puerta. (*Cierra la puerta de la izquierda.*)

María. (Aparte, echando una ojeada al manajo de llaves.) Haré lo que me manda; bien necesito armarme de valor!

Flavy. María!...

María. Señor conde?...

Flavy. Dentro de algunas horas voy á marchar al combate; acaso os veo por la última vez.

María. No os figureis lo peor.

Flavy. Si supiera yo que os interesaba mi vida, si me quisiérais dar la mas ligera prueba de cariño, entonces, lo conozco, volveria ileso y vencedor, volveria á consagraros el resto de mis dias.

María. (Aparte.) Dios mio, dadme resistencia!

Flavy. Que! no me respondeis?

María. (Disimulando.) Lo decis tan serio!...

Flavy. Pues no?

María. Vaya! parece que á propósito quereis entristecerme.

Flavy. Oh! por el contrario....

María. Mirad, en lugar de afligiros con esos presentimientos, debeis tener por segura la victoria y pasar esta noche con la satisfaccion de que la seguirá un dia feliz.

Flavy. Sí, teneis razon; dejémonos ya de combates y desgracias.... olvidad al guerrero, al capitan y ved en mí solamente al hombre que vuestra belleza ha cautivado, y que os quiere con toda su alma.

María. (Con candidez.) Yo tambien os quiero á vos.

Flavy. Oh! con amor?

María. Hablemos de otra cosa.

Flavy. De otra cosa?

María. (Tomando el atado de llaves.) Sí; por gastar el tiempo en algo... Sabeis que este castillo tiene mas puertas que una ciudad?

Flavy. Pudiera llamarse el castillo de cien puertas como Thebas.

Maria. Mucha costumbre se necesita para no equivocarse las llaves.

Flavy. (*Aparte.*) Es una niña! (*Alto.*) Sabeis vos que no debe tocar una mano tan linda esos hierros mohosos? quereis que la castigue con un beso?

Maria. No, señor.

Flavy. (*Sonriendo.*) Si yo lo exigiera!

Maria. No; exigir, de ningun modo: suplicar es otra cosa.

Flavy. Pues bien, *Maria*, os lo suplico.

Maria. (*Aparte.*) Ganemos tiempo. (*Alto.*) Bien conocéis que no puedo consentir; es mucho castigo para tan ligera falta. (*Cayendo de pronto en una idea.*) Que lo decida la suerte.

Flavy. (*Aparte, con sentimiento.*) Ya cede. (*Alto.*) Veamos lo que proponéis.

Maria. Yo no conozco estas llaves; pero sé los nombres de las puertas del castillo, porque me los ha dicho *Marta*.

Flavy. A dónde vais á parar?

Maria. A esto. Os iré enseñando las llaves una por una, y á cada cual la asignaré una puerta: cuando no acierte, os concedo el favor que me pedis; y al contrario, siempre que gane, os quedareis sin nada.

Flavy. Me parece bien ese juego. (*Aparte.*) Poco ha durado mi ilusion!

Maria. (*Desata el manajo y toma una llave.*) Puerta del bosque.

Flavy. (*Besándola la mano.*) No; puerta real.

Maria. (*Pone la llave sobre la mesa, toma otra, y asi sucesivamente.*) Ah! por supuesto que jugais de buena fe.

Flavy. Sí, sí. (*Aparte.*) El tonto seria yo!

Maria. Palabra de caballero?

Flavy. Cómo! pretendeis..?

Maria. Sino, nada de lo dicho.

Flavy. Te la doy. (*Aparte.*) Me ha pillado.

Maria. Puerta de Borgoña.

Flavy. Pierdo.

Maria. Puerta de Hierro.

Flavy. Estais de suerte.

Maria. Puerta del Papa.

Flavy. (*Besándola la mano.*) No ; puerta del Diablo;

Maria. Puerta del Cisne. (*Flavy va á tomarla la mano.*) Puerta del Cisne?

Flavy. (*Conteniéndose.*) Sí , la misma.

Maria. Puerta de los Ballesteros.

Flavy. No , no ; puerta de la torre del Aguila.

Maria. (*Ofreciéndole la mano muy conmovida.*) Tomad dos , por el tiempo que habeis esperado... Puerta...

Flavy. Basta ya!

Maria. Os fastidia mi juego?

Flavy. (*Acercándose á Maria.*) Me devora , me abrasa el corazon.

Maria. (*Retrocediendo : aparte.*) Dios de mi vida!

Flavy. Hermosa Maria , oidme : necesito hablaros de la pasion que me domina... Oh ! no temais ; nadie nos escucha.

Maria. Nadie?.. ¿no percibís los pasos de un hombre que se para á veces junto á esa ventana?

Flavy. Si no reparais en otra cosa.... (*Toma una llave , abre la ventana , y dice al centinela.*) Centinela , rétirate al cuerpo de guardia. (*Vuelve á cerrar la ventana y deja puesta la llave.*)

Maria. (*Aparte.*) Esta es la llave de la puertecilla de abajo. (*La tira por la ventana de la izquierda.*)

Flavy. (*Volviendo.*) Ya os quité esa sombra de cuidado ; ya solo llegarán á vuestros oidos las protestas de mi amor.

Maria. Permitidme , señor conde ; hasta mañana.

Flavy. Mañana guerra y esterminio ; esta noche amor y felicidad.

Maria. Por Dios , no me mireis de esa manera... me dais miedo...

Flavy. Miedo ? por qué ?

Maria. ¿No os parece que le está mal á un caballero aterrarse con sus miradas á una pobre muger ? Ni con qué sosiego puedo escuchar palabras amorosas , cuando veo á vuestro lado esas armas , que recuerdan escenas de luto y desolacion ?

Flavy. (*Dando á Maria la espada y el puñal.*) Ya estoy sin armas ; tomadlas.

Maria. (*Va á dejarlas encima de la mesa.*) No ; aun aqui las tendríamos demasiado cerca... de nada sir-

ven donde no se necesita fuerza ni poder, y presumo que vos ahora no querreis mandar como tirano.

Flavy. Obedecer como esclavo.

Maria. Voy á llevarlas á mi estancia. (*Flavy se sonríe y hace seña de consentir.*) (*Aparte.*) Oh! ya es tiempo que alguno me favorezca. (*Entra en su habitacion.*)

Flavy. (*A la ventana de la izquierda.*) Muy avanzada está la noche, y antes que empiece á despuntar el dia es preciso marchar al combate.

ESCENA VI.

FLAVY. LA CONDESA.

Flavy. (*A la puerta de la habitacion de Maria.*) Maria! hermosa Maria!

Condesa. (*Saliendo por el foro con el rostro pálido y los cabellos desordenados.*) El conde de Armenis llegaría tarde!

Flavy. (*Empujando la puerta.*) Ven! ven!

Condesa. Aquí estoy!

Flavy. (*Con espanto y enojo.*) Ah!

Condesa. Ah! no me esperábais?

Flavy. Os habia mandado partir, señora!

Condesa. Tenia que hablarte.

Flavy. Y cómo habeis entrado en esta torre?

Condesa. Mira si están sobre esa mesa todas las llaves del castillo.

Flavy. Ah! con que Maria...?

Condesa. Ha cumplido su deber; ahora me toca á mí.

Flavy. A vos... y venís de esa manera á incitar mi cólera, y luego os quejareis de sus efectos?

Condesa. No me quejo yo de tu cólera; me quejo solamente del amor que tienes...

Flavy. Todavía!

Condesa. Siempre; hasta que muera!

Flavy. Idos, señora.

Condesa. Entrégame primero esa jóven.

Flavy. Salid, os digo... no busqueis una desgracia que nos pese á los dos.

Condesa. (*Con energía.*) Te repito que es necesario que me entregues á Maria.

Flavy. Nunca!

Condesa. Nunca?.. es que yo te diré una palabra que te espante... una palabra de muerte... de muerte para mí, Flavy... porque sin duda me matarás... pero entonces respetarás á Maria.

Flavy. Mataros!.. yo!.. por injurias y arrebatos que solo escitan mi compasion!

Condesa. No me obligues á pronunciar esa palabra... quizá puede tambien matarte como á mí!

Flavy. Basta, señora!.. quereis intimidarme con vanas amenazas... sin duda confiais en el conde de Armenis, le estais esperando... yo le espero tambien, que venga, le desprecio tanto como á vos.

Condesa. En fin, no vuelves á Maria á su convento?

Flavy. (*Furioso.*) Porque lo manda vuestro tio!..

Condesa. Porque lo mando yo!

Flavy. Vos!

Condesa. Sí; yo puedo mandarlo; sí!

Flavy. Vos!

Condesa. Quieres saber por qué?

Flavy. (*Impaciente y encolerizado.*) Sí; por qué?

Condesa. Porque soy...

Flavy. Qué sois?

Condesa. Porque soy...

Flavy. Porque sois una loca!

Condesa. (*Cogiéndole del brazo y volviéndole hácia ella.*) Porque soy su madre!

Flavy. Su madre!

Condesa. Sí, toma; lee esta carta de mi hermano, y luego márame; pero respeta á Maria, que es mi hija. (*Le da la carta. Maria se presenta á la puerta de su habitacion.*)

Flavy. (*Recorriendo la carta.*) Hija vuestra! Maria hija vuestra!.. sí, sí, sí... (*Con estremada rabia.*) Y aun estais aqui! no habeis huido! no temblais!

Condesa. (*Con firmeza y serenidad.*) No!

Flavy. (*Acercándose á ella.*) Segun eso, no habeis leído en mis ojos el destino que os aguarda?

Maria. (*Interponiéndose.*) No la creáis; esa muger no tiene derecho alguno sobre mí, se ha vuelto loca de celos. No es mi madre, ni tiene que ver conmigo.

(*Rechazándola.*) Apartaos, señora! quién ha dicho que vos sois madre mia!

Condesa. (*Abalanzándose á Maria.*) Con que no soy tu madre!

Maria. (*Esforzándose.*) Si yo no os conozco, si... (*No puede resistir mas, y deja caer la cabeza en el seno de su madre.*)

Condesa. (*Abrazándola.*) Mirad! mirad si es mi hija!

Flavy. La maldición del cielo caiga sobre vosotras!

Maria. Sobré vos, Guillermo de Flavy! sobre vos, que habeis causado la desgracia de mi madre! (*La condesa, aterrada, la pone del otro lado para alejarla d. Flavy.*)

Flavy. (*A la condesa*) Y os atrevíais á tener celos! Y durante doce años, habeis representado una farsa abominable!

Condesa. Oh! si me quisierais escuchar... Un hombre inhumano como vos, sordo como vos á las súplicas y lloros de una infeliz, el caballero de Eurondel...

Flavy. Quién? Ese infame, ese ingles, padre de vuestra hija! Oh! yo necesito una venganza atroz. (*Rasga la carta.*) Oh! no quedará ningun vestigio de esa afrenta, ninguno, os lo aseguro.

Condesa. A todo me resigno: he salvado á mi hija.

Flavy. Vuestra hija! tambien ella me ha engañado indignamente... Todo lo sabia, y sin embargo me ha permitido degradarme; cuando estaba conmovido por un sentimiento nuevo para mí, cuando miraba con dolor que consentia en escucharme, cuando ansiaba que me repeliese con dureza, aunque fuera con desprecio.

Maria. Que os despreciase queriais? mas aun habeis alcanzado; os aborrezco.

Condesa. (*Queriendo contener á su hija.*) Maria!

Flavy. (*A Maria.*) Salid de aqui al momento, idos muy lejos donde nunca os vuelva á ver.... Despedios de vuestra noble madre; dadla, si quereis, el último abrazo.

Condesa. Oh! dejadme tambien huir con ella, os abandono todo lo que poseo.... Nos encerraremos en un asilo impenetrable, ocultaré mi nombre, y nunca este secreto...

Flavy. Dejaros huir! concederos la vida y la libertad

en pago de mi deshonra, para que fuerais á gozar tranquilamente el fruto de vuestra infamia!

Condesa. Ah! si quisiérais permitirme...

Flavy. Decid á vuestra hija que parta al momento; decidsele, señora, pronto, pronto si la amais.

Maria. (Con energía.) Si señor, voy á partir, voy á separarme de mi madre.

Condesa. (Con viveza á Maria despues de haber mirado á Flavy que tiembla de cólera.) Sí, vete Maria, vete, déjame.

Maria. Adios, noble caballero, capitán de los ejércitos del rey; voy á publicar por toda la Francia vuestras insignes proezas.

Condesa. (Corriendo á ella.) Hija mia! Hija mia!

Flavy. (A Maria.) Idos! idos!

Maria. Sin duda creéis que ignoro vuestra historia, oh! la sé toda, y la repetiré á los que quieran oirme. Valiente gobernador de Compiègne: os acordais de Juana de Arco?

Flavy. Cómo! esa calumnia...

Maria. Es una verdad que mis ojos han leído escrita en un libro, por mano de la persona que recibió su confesion.

Flavy. Oh! desgraciada de tí!

Condesa. Calla! calla! (Cae sobre una silla á la izquierda.)

Maria. (Pasando rápidamente al lado de Flavy.) A veces iré publicando por todas partes: Juana de Arco perseguida por los ingleses, despues de haberse heroicamente defendido, iba á refugiarse en Compiègne; pero su gobernador Guillermo de Flavy envidioso de la gloria que habia adquirido aquel ángel de la guerra, no quiso abrir las puertas de la ciudad y se estuvo gozando en verla atravesar por las lanzas enemigas. Flavy la mató, Flavy el cobarde, el vil, el que asesina á las mugeres.

Flavy. (A la puerta de la izquierda.) Norval! Norval!

Condesa. (Corriendo á Flavy.) Piedad! piedad! perdonad á mi hija!

Flavy. (Con amargura.) Ya no se separa de vos, señora. (Aparece Norval con algunos hombres en la puerta de la izquierda.) Situaos con algunos hombres al pie de esa escalera. (Señala al foro.) Y no dejéis

pasar á nadie sin que os enseñe mi firma. (*Norval y los soldados bajan la escalera; vase Flavy por la izquierda.*)

ESCENA VII.

MARIA. LA CONDESA.

Condesa. (Desesperada.) Hija mia! por qué le has irritado? por qué has ofendido su orgullo, su orgullo que es su Dios?

Maria. (Con ternura.) Porque temblaba, madre mia, que me separara de vos.

Condesa. Y atrayendo sobre tí su cólera, no has temblado mi angustia, mi agonía?

Maria. (Fingiendo serenidad.) Aun nos queda alguna esperanza, Mauricio...

Condesa. No llegará á tiempo.

Maria. (Escuchando.) Si fuera él!

Condesa. (Viendo á Melco á la puerta de la izquierda.)
Melco!

Maria. Oh! madre mia, tengo miedo!

ESCENA VIII.

~~MELCO.~~ LA CONDESA. MARIA.

Melco. Señora, vengo...

Condesa. A qué venis?

Melco. Por mandato de mi amo.

Condesa. Sabeis lo que ha dispuesto de nosotras?

Melco. Eso me manda deciros.

Condesa. Y qué? hablad.

Melco. No me atrevo...

Condesa. Retírate, Maria.

Maria. (Fingiendo serenidad.) Por mí nada temo... me quedo; bien lo podré escuchar.

Condesa. Acabad.

Melco. El señor conde ha prevenido á todos sus caballeros que esten prontos para salir al campo á buscar á los ingleses. El vigia dará desde la torre la señal con dos campanadas, y al oirlas subirán aqui dos hombres armados...

Condesa. Oh!

Melco. Señora, esas campanadas os indicarán el momento de disponer vuestras almas, y perdonadme si yo... *(Se retira por la izquierda á una seña de la Condesa que le impide continuar.)*

ESCENA IX.

LA CONDESA. MARIA.

Condesa. Oh! qué horrible situación! y no me aboga el terror! y no me muerdo de pensar que van á matar á mi hija, que van á matarla aquí, en mis brazos!...

Maria. *(Arrojándose en sus brazos.)* Madre mia!

Condesa. *(Después de un intervalo de agitacion, se sienta. Maria se queda de rodillas delante de ella.)*

Hija mia! hija de mi vida! ya que ninguna esperanza nos queda... Oh! si pudiéramos al menos desafiar la muerte con ánimo sereno, con el valor de la inocencia!... si yo estuviera segura de que la vista de esos hombres no te habia de arrancar un grito, uno de esos gritos que desgarran el corazón de una madre!... Oh! entonces me verias tranquila; porque mira, van á acabarse nuestras penas, y luego Flavy ya no podrá hacernos daño; estaremos bajo el amparo de Dios.

Maria. Oh! madre mia, si padeciera yo sola, tampoco me faltaria valor.

Condesa. *(Disimulando.)* Por mí no tiembles, Maria; yo tendria serenidad, si te viera firme y resuelta... yo estoy resignada, ya lo ves... Morir es un momento, peor es la vida llena de congojas... oye... cuando suene la señal y hayamos rezado á Dios, á Dios que permite desconfiar de la misericordia de los hombres pero no de la suya, percibiremos á lo lejos un ruido de pisadas; y se irán aproximando poco á poco, y se abrirá esa puerta, *(Señalando á la izquierda.)* y dos hombres... *(Lanzando un grito.)* Ah!

Maria. Madre mia!

Condesa. Se me habia figurado que ya sentia las pisadas. *(Se levantan.)*

Caja

Maria. Dios de piedad! Mauricio! no viene Mauricio!
(*Se oyen dos campanadas con tres segundos de intervalo.*)

Condesa. (Inmóvil como una estatua.) Oh!

Maria. Somos perdidas! (La condesa y Maria retroceden lentamente hacia la puerta de la derecha, mirando espantadas á la de la izquierda que se va abriendo poco á poco.)

ESCENA X.

~~MAURICIO~~, LA CONDESA, MARIA. Luego ~~MELCO~~ y un sayon.

Mauricio. (Desde el pie de la escalera.) Ved mi contraseña.... (Aparte al presentarse en el foro.) El conde de Armenis no puede venir hasta dentro de una hora... Aun llego á tiempo. (Deja su capa con un bulto envuelto en ella cerca de la ventana de la izquierda. La condesa y Maria comprimen un grito de alegría al oír y ver á Mauricio, quien las hace seña de retirarse á la habitacion de la derecha.)

Maria. (A la condesa con fé.) Oh! siempre he confiado en él.

Condesa. (Bajo á Maria con esperanza.) Ven, ven, hija mia. (Vanse Maria y la condesa, y aparecen Melco y el sayon repartiéndose una bolsa.)

ESCENA XI.

EL SAYON, MELCO, MAURICIO.

Melco. Hola! estabas ahí? El señor conde se queja de tu tardanza.

Mauricio. He venido á ver como ejecutais sus órdenes.

Melco. Diez minutos nos ha dado de término para anunciarle que está servido.... Va á partir con casi toda su gente, y no quiere esponerse á que vengan en su ausencia á libertarlas.

Mauricio. Lo sé; yo estoy encargado de dirigir la operacion.

Melco. Vamos pues!

Mauricio. (Aparte.) Atacarlos juntos seria una imprudencia; no confiemos nada á la casualidad.

Melco. Qué aguardamos?

Mauricio. (Pudiendo apenas contener su turbacion.)
Con que tambien la joven está condenada?

Melco. Tambien.

Mauricio. (Dominándose.) Quién es el mas valiente de los dos?

Los dos. (A un tiempo.) Yo?

Mauricio. Sois á cual mas... *(Aparte.)* infames!

Melco. Acabemos.

Mauricio. Quién se quiere encargar de María?

El sayon. (Adelantándose.) Yo!

Melco. (Aparte.) Prefiero que sea él.

Mauricio. (Abre la puerta secreta empujando el boton.) A las prisiones de por vida! *(Alto al sayon.)* Bien, María esta aquí. *(Señalando al calabozo.)* La condesa en aquella habitacion. *(A la derecha.—Al sayon.)* Tendrás la recompensa que mereces; entra. *(Entra el sayon en el calabozo. Aparte.)* Dios se haya compadecido de su alma. *(Se cierra la puerta por sí misma.)*

Melco. (Con el puñal en la mano, despues de vacilar un momento.) Vamos. *(Se dirige á la derecha.)*

Mauricio. (Deteniéndole.) Melco?

Melco. Eh?

Mauricio. Dónde vas?

Melco. (Enseñándole el puñal.) A decir á la condesa que rece su última oración y....

Mauricio. (Arrancándole el puñal.) Tú eres quien ha de rezarla si...

Melco. (Aterrado.) Cómo! qué quieres decir?...

Mauricio. Quiero salvar á la condesa y á María y el que trate de oponerse.... *(Le amenaza.)*

Melco. Santo Dios!

Mauricio. Responde y no tiembles.

Melco. Dí.

Mauricio. Precias tu vida, Melco?

Melco. (Con voz apagada.) Socorro!

Mauricio. (Con el puñal levantado.) Da un grito mas y eres muerto.

Melco. Ya callo.

Mauricio. Cuánto tiempo tenias para ejecutar las órdenes del conde?

Melco. Diez minutos.

Mauricio. Ya han pasado.

Melco. Entonces voy....

Mauricio. Sí, vas á gritarle desde esa ventana que ya has desempeñado tu noble comision, para que con eso no suba aunque tardes en bajar.

Melco. Y si llega á saber....

Mauricio. No puede sucederte cosa peor que el castigo que te amenaza si resistes.

Flavý. (Desde la puerta de la torre.) Melco? Melco?

Mauricio. (Empujando á Melco hacia la ventana sin descubrirse.) Responde lo que te he dicho. (Sigue amenazándole con el puñal.)

Melco. (Gritando á la ventana.) Señor, ya estais obedecido.

Mauricio. (Sin variar de postura.) Bueno! cierra la ventana.

Melco. (Cerrándola.) Ya está.

Mauricio. (Agarrándole la mano.) Ahora, ven.

Melco. Qué vas á hacer conmigo?

Mauricio. Asegurarte. (Abre la puerta secreta.)

Melco. (Retrocediendo.) Esa es la boca del infierno. ¿Me quierès matar?

Mauricio. No: solo quiero sujetarte para que no me perjudiques.... si das tres pasos de frente eres perdido, dirígete á la izquierda y nada tienes que temer.

Melco. Pero....

Mauricio. No hay otro recurso.. encerrado ó muerto!

Melco. Pero cuándo saldré?

Mauricio. (Empujándole.) Cuando Dios quiera.

Melco. Y si no quiere nunca?

Mauricio. En su mano está. (Va á empujar á Melco y llama la condesa.)

ESCENA XII.

Los precedentes, la CONDESA, y después FLAVY.

Condesa. Socorro! Mauricio, mi hija sucumbe á tanta conmocion; mi hija se muere! (Señala á la habitacion.)

Conde
III
 Mauricio. (Dejando á Melco.) María!

Melco. (A la ventana de la izquierda.) Mauricio es un traidor! (Trata de huir por la puerta del foro.)

Mauricio. (Le hiere con el puñal.) Miserable! (Muere Melco.)

Condesa. Oh!

Mauricio. Maldicion!... El conde va á subir... María desmayada... no hay tiempo para salvaros á las dos.

Condesa. (Dirigiéndose á la puerta de la izquierda.) Salvad á mi hija, salvadla!

Mauricio. (Abriendo la ventana de la derecha.) Por aquí... felizmente venia prevenido. (Saca una escala de cuerda de debajo de la capa y la echa por fuera de la ventana sosteniéndola con dos ganchos en una balaustrada de dos pies de altura que tiene la barbacana de la torre.) Vos cuidado de esa escalera. (Señalando al foro.) La suerte de María se decide en este momento.

Condesa. (Animada.) Fíad en mí; yo tendré valor! soy madre!

Mauricio. (Entrando en la habitación de la derecha.) María! mi pobre María!

Condesa. (Escuchando.) Cielos! me parece que oigo!.... (Gritando.) Pronto, Mauricio!

Mauricio. (Sale con María en brazos.) Ya vuelve en sí... no tengais cuidado; me siento con fuerza y serenidad y el cielo debe asistir en mi socorro. (Sube á la barbacana que será muy estrecha, pasa por cima de la balaustrada y baja poco á poco.)

Condesa. (Gritando á Mauricio.) Que llega el conde!

Flavy. (Desde fuera.) Melco!

Condesa. (Colocándose en el último escalon.) Ya es tarde, ya es tarde... Deteneos!

Flavy. (Empezando á presentarse por la escalera.) Aun vive! traicion! (Rechazando á la condesa para abrirse paso.) Donde está ese infame Mauricio?

Condesa. (Corriendo á la ventana de la derecha.) Perdon! perdon!

Flavy. (Señalando á la ventana.) Ah! por allí!

Condesa. (Inclinándose á mirar por fuera de la torre.) Suspendidos aun sobre el abismo! piedad!

Flavy. No se librarán de mi venganza!

Condesa. Oh! perdonad á mi hija!

Flavy. (*Pugnando por desasirse.*) Dejadme.

Condesa. Va á perecer mi hija! (*Saca su puñal.*) No me queda otro recurso! (*Mira de nuevo á la ventana.*) Ya estan en salvo!

Flavy. Oh, rabia!

Condesa. Ahora toma; castigame por haberte evitado un crimen... toma ese puñal (*Flavy le toma.*) que arrancaron mis manos al caballero de Eurodel.

Flavy. (*Va á herir á la condesa y se detiene.*) Qué decis? este puñal...?

Condesa. Tiene el nombre y la divisa del infame!

Flavy. (*Confuso, mirando el puñal.*) Sí, sí!... cielos! y cuando le habeis cogido?

Condesa. Diez y ocho años há.

Flavy. Dónde? dónde?

Condesa. En la iglesia de Puzaról.

Flavy. Una noche, en medio de la oscuridad?

Condesa. Sí; y una voz engañadora me advertia que con él podria castigar al infame que me habia deshonrado!

Flavy. (*Ofreciéndola el puñal.*) Ya podeis castigarle, señora.

Condesa. Cómo!

Flavy. La vispera de aquella horrible noche, habia logrado derribar á ese ingles y quitarle su espada y su puñal.

Condesa. (*Extasiada de esperanza y de alegría.*) Flavy!.. es posible!.. Flavy! pues entonces mi hija...

Flavy. Ah! corramos! Maria! Respetad la vida de Maria!

Condesa. Huye con Mauricio! ya está en salvo!

Flavy. Está perdida! Los muros del parque llegan hasta el rio; tienen que pasar por el puente y alli los matarán, porque yo lo he mandado!

Condesa. (*Corriendo á la ventana de la derecha.*) Desolacion!.. Maria! Mauricio!

Flavy. (*Corriendo de una parte á otra.*) Maria!.. Deteneos!

Condesa. Maria!

ESCENA XIII.

FLAVY. MAURICIO. CONDESA. MARIA, y luego soldados
que se presentan en todas las puertas.

Mauricio. (Saliendo con Maria por el foro.) Tranquilizaos, señora; los condes de Dunois y de Armenis, con parte del ejército frances, han entrado en el castillo y ya llegan aqui.

Maria. Madre mia, no he querido partir sin vos.

Condesa. (Tomando la mano á Maria.) Ven, Maria; ven á arrojarte á los pies de tu... *(Maria se resiste, la condesa se dirige á Flavy.)*

Flavy. (Bajo conteniéndola.) Callad! que nunca llegue á saber... no merezco llamarme padre suyo. *(A Maria, con profunda agitacion.)* Perdonadme, Maria! Oh! sí, me perdonareis... Mauricio, el enemigo nos espera; vamos á él! *(Suena el cañon.)* Ya llegan los ingleses... Al campo! á la gloria! á resarcir con mucha gloria el dolor y amargura de este dia.

Mauricio. (Con júbilo.) Sí, sí, luego volveremos...

Flavy. (Bajo á Mauricio.) Yo, nunca! no es la gloria la que voy á buscar; es la muerte. *(Mira con tristeza á la Condesa y á Maria y se dispone á salir.—Cae el telon.)*



MODISM

(FRASES Y METAFORAS)

PRIMERO Y UNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLERO

CON UN PRÓLOGO

DE

DON EDUARDO BENO

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno 42—Precio: 2 reales
(Contiene los pliegos 124 á 126)

ADMINISTRACIÓN

LIBRERIA DE ANTONINO ROME

